



LYNNE GRAHAM

**EL HEREDERO
DEL JEQUE**

Él estaba preparado para reclamar a su heredero.

¿Estaría ella preparada para ser su reina?

Cuando a Claire, la cocinera, le presentaron a su esquivo jefe, se llevó la sorpresa de su vida. El poderoso miembro de la realeza para el que ella había estado trabajando era Raif, el hombre cuyas caricias tenía grabadas en su memoria, y el padre de la criatura que Claire había descubierto que llevaba en el vientre.

Raif no permitiría que su hijo se sintiera abandonado, igual que él se había sentido. ¿Cambiaría lo que fuera necesario para garantizar la felicidad de su heredero! No obstante, cuando Claire se convirtiera en su esposa, ¿reescribiría las reglas de su matrimonio de conveniencia para garantizar su felicidad también?

Capítulo 1

INCLUSO amarrado en la bahía, el megayate Mahnoor se erguía sobre los demás barcos que había en la marina de Kanos, la isla griega. Destacaba por su tamaño, su cubierta escalonada, y por su elegante diseño que lo hacía perfecto para alcanzar velocidad.

El príncipe Raif Sultan bin Al-Rashid, propietario del yate y conocido en el mundo de los negocios como Raif Sultan, el billonario dedicado a los hoteles y propiedades de lujo, estaba en el despacho de la planta superior hablando con su padre el rey Jafri de Quristan. ¿Qué diablos podría querer el padre que lo había ignorado desde su nacimiento? A los pocos segundos de conversación, Raif lo descubrió:

—Has firmado un contrato para construir una ciudad y un resort en tierra quristani —comentó su padre. —¡Puedes romperlo y olvidarte de la idea!

—Tiene el apoyo del gobierno.

—¡No tiene mi apoyo! —exclamó el hombre. —No quiero turistas en mi país.

—Es una lástima —repuso Raif. —El puerto nuevo y el resort de lujo crearán mucho empleo en esa zona pobre. Se respetarán los consejos de conservación y el resort tendrá el mínimo impacto posible en el hábitat natural.

—Ya te he dicho lo que opino. Eso debería ser suficiente para hacerte cambiar de opinión —interrumpió el hombre mayor con una explosión de rabia.

—No puedo retirar un contrato que ya ha sido firmado y aprobado por el gobierno —respondió Raif.

—No volveré a considerarte mi hijo si no me obedeces —intervino el rey Jafri. —Obedecerme es tu principal deber como hijo y ¡no toleraré que desobedezcas!

El teléfono se estrelló contra el suelo en Quristan. Raif respiró hondo y después blasfemó en inglés. ¿Su deber? ¿Su deber? ¿Acaso era un niño a quien tenían que decirle lo que tenía que hacer y cómo hacerlo? ¿Y encima un hombre al que apenas conocía? ¿Un hombre que nunca se había comportado como un padre? ¿Un hombre que nunca le había hecho una llamada personal? ¿Ni tampoco una visita?

A diferencia de Hashir y Waleed, sus dos hermanos mayores, Raif había crecido en Reino Unido. Sus hermanos eran los herederos de la monarquía de Quristan y se habían criado allí, separados de Raif y de su madre. El tercer hijo del rey se había convertido en un extra irrelevante después de que su padre se despidiera de él y de su exesposa cuando Raif era todavía un bebé. Era probable que el sentimiento de culpa tras el divorcio y el daño que la situación había causado a la salud mental de la antigua reina, habría provocado que su padre les hubiera dado la espalda. A pesar de que de vez en cuando lo convocaban para asistir a algún evento en su país natal, parecía que Raif no era indispensable.

La rabia se apoderó de él y cerró los puños. Él reconocía que el sentimiento de rechazo formaba parte de esa rabia y se enojó todavía más. Tenía veintisiete años y ya no era un niño desesperado por recibir la atención de su padre. Debería haber superado ese tipo de sentimientos. Había sobrevivido sin el aprecio de su progenitor y había aprendido a valorar sus propios logros.

A los veintiún años se había dado cuenta de que debía valerse por sí mismo cuando, después de pasar un año realizando el servicio militar obligatorio en el ejército de Quristan, decidió regresar al mundo de los negocios. Su padre no aprobó aquella decisión. Habría preferido que su tercer hijo hubiese seguido en el ejército. Raif le recordó que ninguno de sus dos hermanos había conseguido completar ese único año de servicio militar.

Hashir había abandonado después de una pequeña lesión de tobillo y Waleed había puesto la excusa de tener un estómago delicado.

Raif, alterado, salió del despacho, atravesó la escalerilla y bajó del yate. Necesitaba actividad y aire fresco. Se metió en la lancha auxiliar y, al ver que un miembro de su equipo de seguridad se disponía a acompañarlo, frunció el ceño. Quería estar solo. Quería ser libre para gritar si lo necesitaba. ¿Para qué necesitaba al equipo de seguridad en una tranquila isla griega de la que ni siquiera recordaba el nombre? No había turistas alrededor, ni paparazis, nadie que pudiera generar preocupación.

—Pero, Alteza, debemos protegerlo.

—Solo quiero ir a dar un paseo —suspiró Raif.

—El peligro acecha en los sitios más insospechados —le dijo Mohsin con preocupación.

—Vigíleme desde la distancia —le dijo Raif, agotado por tanta insistencia.

Sabía que el traje de negocios que vestía no era la prenda adecuada para el paseo bajo el sol, pero no suponía un reto para un hombre acostumbrado al intenso calor del desierto.

Había pasado todos los veranos en Quristan, caminando por la arena con la tribu nómada de su tío en Rabalissa.

Su madre había sido la reina de Rabalissa antes de casarse con su padre y unir ambos países. Había sido una alianza muy famosa. Rabalissa era un país pequeño y atrasado y Quristan era un país grande y rico en petróleo. Por desgracia, a pesar de la esperanza que tenía su madre, Rabalissa había ganado muy poco de ese matrimonio y el gobierno actual estaba dispuesto a rectificar esa injusticia.

Tristemente, su padre tenía un punto de vista demasiado rígido como para reconocer la pobreza y la insatisfacción que generaba tanta inquietud en la zona.

Alejándose del puerto, Raif eligió avanzar por un sendero que salía del pueblo y recorría la costa. Durante un instante pensó en contactar con sus hermanos para pedirles consejo, pero rápidamente descartó la idea. Por lo que había presenciado durante años, sus hermanos mayores nunca se mostraban en desacuerdo con su padre, por muy irracionales que fueran sus decisiones. Sin embargo, incluso el rey debería saber que un contrato no podía retirarse una vez firmado. Raif suspiró con exasperación y aceleró el paso. Era evidente que su proyecto se vería afectado por todos los escollos que su padre pudiera colocar en su camino.

El sendero terminaba en una cala solitaria y Raif atravesó la arena. Se desanudó la corbata y la guardó en un bolsillo. El agua era de color verde azulado y era muy tentadora. Le parecía maravilloso estar solo y no conseguía estarlo a menudo. Ya no sentía ganas de gritar, pero sí necesitaba darse un baño para calmarse.

Claire estaba bajo la sombra de un árbol sacando un vídeo de las preciosas vistas para mandárselo a Lottie, su amiga de Londres. Al ver que un hombre con traje aparecía en la pantalla, frunció el ceño. Nadie iba así

vestido en la isla a no ser que fuera a una boda o a un funeral, pero era cierto que había visto llevar flores a la iglesia, así que podía ser un invitado. El hombre se quitó la chaqueta y la dejó sobre una roca. Después se quitó la camisa. Iba a darse un baño, y ella observó su torso bronceado y musculoso, parecido al de un superhéroe de película.

A esas alturas, Claire miraba absorta la pantalla. Él era muy alto, tenía el cabello moreno y un cuerpo escultural. Hacía mucho tiempo que no veía un hombre tan atractivo, ya que la mayoría de los habitantes de la isla eran hombres de mediana edad o maduros. Él se quitó los zapatos, los calcetines y los pantalones, quedándose en ropa interior. En ese momento, Claire decidió que, si hacía además de quitarse esa prenda también, dejaría de grabar y miraría hacia otro lado. El hombre, sin dudarlo, se metió en el agua y permitió que las olas mojaran sus poderosas piernas.

Era un buen nadador y capaz de sortear la corriente que se formaba cerca de las rocas. Claire dejó de grabar y envió el vídeo a Lottie. Al menos, su amiga se reiría.

—Eres la única persona que conozco que ha pasado más de seis meses en Grecia y no se ha echado novio —le había dicho Lottie durante la última conversación. —Soy madre, esposa y empleada en un trabajo muy aburrido. Necesito un poco de emoción.

«Un novio es lo último que necesito», pensó Claire. Aunque tras la muerte de su madre, se sentía muy sola. Los últimos diez meses los había pasado con una mezcla de confusión y agitación emocional, pero últimamente se sentía más tranquila a pesar de que se había quedado triste y sola. Había aprendido mucho sobre sí misma, sin embargo, se había dado cuenta de que no era verdad todo lo que ella pensaba que sabía sobre sus padres. Todo había empezado cuando comenzó a despejar el escritorio de su padre después de su muerte...

—Lo siento, no sabía que había alguien más aquí —oyó que le hablaban en correcto inglés.

Claire levantó la vista y vio al hombre al que había grabado en la orilla. Estaba a poca distancia y sujetaba su ropa en un gurrño. Desde tan cerca, era el hombre más atractivo que había visto en su vida, tanto que se salía de la escala de la perfección. Sus cejas enmarcaban unos ojos de color marrón oscuro, casi dorado, rodeados de pestañas negras que le daban un aspecto arrollador. Sus pómulos afilados, nariz clásica y labios carnosos provocaron que a Claire se le entrecortara la respiración.

—Espero no haberla molestado —comentó él, mirándola fijamente. Era una mujer muy bella, con una melena rubia que le llegaba por los hombros, ojos azules y el rostro salpicado de pecas.

—No, pero me ha proporcionado un vídeo estupendo —dijo ella, con una sonrisa radiante. —Estaba grabando la cala y no esperaba que apareciera un hombre y se desnudara delante de mí.

—¿Me ha grabado desnudándome? —preguntó Raif asombrado. No era el tipo de cosa que quería que apareciera en Internet. Aunque había crecido en un mundo muy diferente, había tratado de respetar al máximo las costumbres conservadoras de su familia quristani.

—¡No estaba desnudo! —exclamó Claire. —Es una playa pública. La gente se desnuda para bañarse. No es tan grave.

—He de pedirle que lo borre, por favor.

Claire se quedó paralizada y se fijó en cómo apretaba la ropa con fuerza. Agarró la toalla sobre la que había apoyado la espalda y se la entregó.

—Tome. Será mejor que se vista mientras discutimos.

—Gracias. No tengo intención de discutir con usted —le dijo Raif. Agarró la toalla y, tras retirarse un poco, se colocó de espaldas a ella para secarse y vestirse.

Parecía bastante tímido a pesar de tener aspecto de persona extrovertida. Hasta el momento en que ella había mencionado el vídeo, se había mostrado seguro de sí mismo.

Desconcertada, Claire negó con la cabeza y observó sus piernas musculosas. Al instante, sintió que una ola de calor la invadía por dentro. Él era como el chocolate. Tenía un atractivo irresistible que nunca había visto en otro hombre. No bastaba una mirada. Se quedaría mirándolo mientras pudiera.

«Atracción a primera vista», pensó. Era una nueva experiencia para ella.

El hombre se acercó de nuevo.

—Mira, déjeme que le compre el teléfono y se lo cambie por otro por el inconveniente —sugirió.

—No nos pongamos así por algo tan trivial —dijo Claire, antes de oír las voces de alguien que se acercaba por el camino.

—¿Está de vacaciones?

—No. Llevo un tiempo viviendo aquí, pero estoy pensando en regresar a Reino Unido —se le quebró la voz porque sabía que no podría hacerlo hasta que hubiera ahorrado suficiente para el vuelo y para poder alquilar un lugar donde vivir. La decisión de quedarse en Grecia con su madre, ya fallecida, la había dejado sin dinero, pero no se arrepentía del sacrificio que había hecho.

Un grupo de niños acompañados por un adulto apareció en la cala con una pelota de fútbol. Raif le devolvió la toalla a Claire y ella forzó una sonrisa. Se puso en pie, recogió el libro y dudó un instante antes de decidir ser sincera.

—No tendría sentido borrar el vídeo del teléfono. Ya se lo he enviado a una amiga. Por supuesto, le pediré que no lo comparta con nadie, aunque dudo que lo haga. Me temo que es lo más que puedo ofrecer... ¡Ay! —exclamó al sentir que una pelota golpeaba contra su pecho provocando que se tambaleara y cayera sobre la arena.

Al instante se convirtió en el centro de atención, justo lo que Claire odiaba. El adulto se acercó a pedir disculpas y a preguntarle si estaba bien. Raif la ayudó a levantarse y se fijó en que tenía sangre en la rodilla. Él se acercó al pequeño y lo regañó. El niño se disculpó enseguida. Era el hijo del casero de Claire, así que ella se apresuró a decirle que había sido un accidente y que se encontraba bien.

—Pero no está bien... —dijo Raif.

—¡Sobreviviré! —exclamó Claire, intimidada por lo alto que era.

—Se ha hecho daño —continuó él con preocupación.

En realidad, se había hecho daño. Se había golpeado en la pierna y en la cadera, y le dolía, pero no tenía intención de recrearse en el dolor. Lo miró y comentó:

—Ya me iba para casa.

—¿Dónde vive?

—Arriba a media colina. No se ve la casa porque la tapan los árboles. Esta cala es como mi jardín delantero —bromeó, y puso una mueca de dolor al caminar.

—La acompañaré a casa.

—No es necesario.

Él la miró en desacuerdo y ambos avanzaron por el empinado camino que llevaba hasta la casa donde su madre había vivido durante años.

—¿Tiene la costumbre de sacar fotos de desconocidos que se quitan la ropa?

—¿Por qué me habla como si pareciera una perversa? —preguntó horrorizada. —Es una playa pública. Si tanto aprecia su privacidad, ¿por qué se ha desvestido aquí?

—No lo pensé. Creía que estaba solo. Disfrutaba la sensación. No intentaba hacer que se sintiera como una perversa. Simplemente, trataba de comprender por qué había hecho algo tan peculiar.

—Bueno, apareció en la pantalla y lo vi. Me quedé mirándolo sin pensar lo que estaba haciendo... —respiró hondo. —Pensé... Pensé...

—¿Qué pensó? —preguntó impaciente. —¿Que me había visto antes en algún sitio?

Claire se detuvo frente a la casa.

—No, ¿por qué iba a pensar eso? Pensé que era un hombre bello. ¿No hay nada de malo en eso no?

Raif la miró un instante.

—¿Bello? —preguntó incrédulo. —Los hombres no son bellos.

—No sea sexista —Claire enderezó la espalda y se preguntó por qué había contado la verdad.

—Quiere decir que sintió deseo —comentó Raif con una pícaro sonrisa.

—No, no quería decir eso. Solo lo miré unos segundos.

—Mientras me quitaba la ropa. Si usted fuera hombre, seguramente lo detendrían por invasión de la privacidad —comentó Raif. Empezaba a disfrutar de una manera que no solía disfrutar en compañía de una mujer.

—No era deseo —repitió Claire con dignidad. —Puedo admirar un cuadro sin necesidad de poseerlo, pero estoy de acuerdo en que podía haber tenido en cuenta sus sentimientos... No obstante, la mayoría de los hombres no son tan modestos y se sentirían halagados por esto. Parece que usted es un caso único.

—Más o menos —confirmó él con otra sonrisa. Se acercó a la mesa del jardín y le dijo—: Siéntese en una silla. ¿Tiene botiquín de primeros auxilios? Hay que curar esa rodilla.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella, afectada por esa encantadora sonrisa.

—Raif... —repuso él. —Aunque suena igual que Rafe, el nombre inglés, se deletrea diferente.

—Yo soy Claire. Era el nombre favorito de mi madre, y ya no puede disfrutarlo —le dijo, mientras abría la puerta trasera y entraba en la casa. —¿Te apetece beber algo fresco? Tengo una jarra de limonada en la nevera. Es muy refrescante.

—Primero saca el botiquín.

—No, lo primero que voy a hacer es decirle a mi amiga que no comparta el vídeo con nadie —se asomó para mirarlo un instante.

—Y de paso borra la copia que tienes tú —intervino Raif.

—¿Tengo que hacerlo? —bromeó Claire. —Si eres mi objeto de deseo, ¿no crees que querré guardarlo para recrearme en las noches solitarias?

Raif soltó una carcajada. Su descarro y espontaneidad resultaban extraordinariamente atractivas. Nunca había sido muy mujeriego, de hecho, consideraba que era un hombre serio que no sabía coquetear. Al criarse con una madre deprimida y con ideación suicida, que encontraba en su vida promiscua su único consuelo, Raif había madurado mucho antes que sus compañeros. Después del divorcio que había privado a Manhoor del marido al que amaba, de sus dos hijos mayores y de su cargo en la realeza que tanto le gustaba, su madre se había apoyado en Raif. Su vida privada era completamente caótica y había hecho que Raif se alejara del sexo casual y de todo lo que aquello implicaba.

No obstante, ya no estaba seguro de las rígidas decisiones que había tomado cuando era joven, ya que, por primera vez, se sentía tentado por una mujer. Claire era una mujer menuda con mucha personalidad, justo lo contrario a las mujeres educadas y reprimidas socialmente que él solía conocer. Claire no sabía quién era, ni que era rico, y Raif sospechaba que, aunque lo supiera, no se quedaría impresionada por sus posesiones materiales.

—El botiquín —le recordó él, al ver que ella saltaba de tema en tema como si fuera un colibrí saltando de flor en flor

—¿Y limonada?

—¿Por qué no? —dijo Raif, siguiéndola al interior de la casa. Sospechaba que tendría que buscar el botiquín mientras ella servía la limonada y continuaba charlando.

—Supongo que podría haberte ofrecido una cerveza.

—No bebo alcohol.

—Yo tampoco —comentó ella—, pero tengo cerveza para una persona que viene de vez en cuando.

—¿Un hombre? —Raif se puso tenso sin saber por qué.

Claire puso una mueca.

—¡Cielos, no! Es una isla pequeña y eso haría que los vecinos cotillearan. Sofía, mi amiga. A veces trabajo con ella en el bar del puerto.

Aliviado por la explicación, Raif encontró el botiquín en una esquina y, al abrirlo, comprobó que estaba vacío. No se sorprendió. Claire abrió un cajón y sacó algunas gasas y una pomada. Después le dio a él rollo de papel de cocina y humedeció un pedazo cuando Raif se lo pidió.

—Yo lo haré —le dijo, mientras servía limonada y le pasaba un vaso. —Te advierto que si me duele gritaré. No soy tan valiente.

—Siéntate —dijo él, dejando el vaso a un lado.

—Aquí no hay sillas.

—Si me permites... —Raif extendió los brazos. —Te sentaré sobre la encimera.

Claire se rio.

—Si quieres, pero no soy tan delgadita... Ah, bueno, tienes esos músculos que tanto me gustó admirar

Riéndose, Raif la tomó en brazos y se sorprendió al ver que era más ligera de lo que esperaba. Su cabello rubio desprendía un aroma a limón y provocó que él reparara en su feminidad. Al instante, sintió cierta tensión en la entepierna. Él se inclinó para mirarle la rodilla y se la limpió con cuidado, quitándole la arena. Ella no se quejó.

—Se está poniendo morado y te dejará una cicatriz.

—Sobreviviré —le dijo ella, mientras Raif le cubría la herida con una gasa adhesiva. —Para ser sincera, te diré que voy a tener alguna magulladura más después de esa caída.

—Insististe en que estabas bien.

—No quería disgustar a Dimitris. Es un buen chico. Y los accidentes ocurren.

—No si se actúa con cuidado.

—Parece que te hayas tragado un manual de seguridad y salud.

Desconcertado, Raif se enderezó y se rio al oír su comentario. Rara vez recibía una crítica impertinente.

—¿Quieres decir que soy aburrido?

—Un poco a tu estilo. Estoy segura de que te criaron para que fueras un niño que se pudiera mirar, pero no oír. Yo sí lo fui. Mi padre consideraba que un niño sincero era producto del diablo —confesó ella. — Era muy estricto.

Las normas de crianza de la realeza también habían sido muy duras y estrictas y, además, su padre había insistido en contratar a una niñera estricta para su hijo más joven.

—Entonces, te rebelaste —dijo él, agarrándola por la cintura para bajarla al suelo.

—No cuando era una niña. Estaba demasiado centrada en conseguir la aprobación de mi padre —admitió Claire. Al bajar de la encimera se le cayó una sandalia y ella se agarró a él para estabilizarse.

Levantó la vista y al mirar a sus ojos se le aceleró el corazón. No podía apartar la mirada, e inconscientemente separó los labios al ver que él inclinaba la cabeza. Nunca había deseado tanto que la besaran.

—Bésame —suplicó indefensa ante aquel potente atractivo.

Y Raif aceptó la invitación al sentirse atraído por aquellos labios tentadores y notar su propia erección. En momentos, se olvidó por completo de la disciplina que había mantenido durante años, arrepintiéndose de todas las veces que se había mantenido alejado de las mujeres, convencido de que vivía acorde a sus ideales. ¿Por qué motivo? ¿Con qué propósito? Eran preguntas que surgieron en su cabeza de repente.

Él la atrajo hacia sí con cuidado y la besó. Al instante, el roce de sus labios se convirtió en un beso apasionado. Introdujo la lengua en su boca y acarició su interior, aceptando todo lo que ella le ofrecía. Al instante, todo su cuerpo reaccionó, liberando la excitación que siempre había contenido. Claire tenía algo que hacía que contenerse resultara imposible.

Claire terminó temblando a causa de aquel beso apasionado. Llevaba mucho tiempo esperando a sentir la pasión con un hombre y estaba

asombrada. Tanto, que cuando se separó de él, dio un paso atrás y pensó en acompañarlo hasta la puerta y pedirle que se fuera. Sin embargo, comentó:

—Quédate a cenar —dijo sonrojada.

Raif, excitado, trató de recuperar el control y comportarse con frialdad, como siempre había hecho con las mujeres.

¿Cenar? ¿Comida? ¿Quedarse más rato a su lado?

—¿Por qué no? —respondió él, agradecido de que la chaqueta le cubriera su erección, y concentrándose por mantener el control. De pronto, sonó el teléfono que llevaba en el bolsillo y Raif apretó los dientes. ¿Sería su equipo de seguridad?

—Disculpa —murmuró. —He de contestar la llamada.

Claire lo observó salir para atender la llamada, pero estaba mucho más interesada en lo que pensaba ofrecerle...

Raif salió a la terraza y miró a los guardaespaldas que estaban en una esquina del jardín, bajo un árbol.

—¿Señor? —dijo Mohsin. —Está en una casa desconocida.

Raif sonrió. Deseaba reír. Su equipo de seguridad no estaba acostumbrado a que se saliera de la norma. Estaba alterando su rutina habitual y estaban nerviosos, preocupados por su comportamiento.

—Estoy bien. Voy a quedarme aquí y... Puede que regrese tarde. Volveré al puerto cuando haya terminado. No es necesario que permanezcáis de guardia.

En ese momento, Raif agradeció haber tomado una decisión. Estaba dispuesto a olvidar el control y la contención, preparado para correr un riesgo por primera vez.

Capítulo 2

— **V**E A relajarte al salón —le dijo Claire cuando Raif regresó. —
Estaré ocupada en la cocina.

Resistiéndose a la tentación de decirle que solo quería que estuviera ocupada con él, Raif entró en una pequeña habitación decorada con plantas, libros en el suelo y un asiento junto a la ventana donde descansaba un elegante gato negro. Claire entró detrás de él y añadió:

—Esta es Circe. No te preocupes si te ignora. Es muy selectiva. Yo tuve que esforzarme mucho para impresionarla cuando llegué.

—¿Y cuándo fue eso? ¿Cuándo viniste a Grecia por primera vez?

Claire se detuvo de camino a la cocina.

—Hace diez meses. Vine a la isla a conocer a mi madre...

—¿A conocerla por primera vez? —preguntó Raif sorprendido.

Claire asintió.

—Nos abandonó, a mi padre y a mí, cuando yo era un bebé.

Raif frunció el ceño.

—No es tan terrible como parece —comentó Claire en tono defensivo. —Crecí escuchando lo mala que era mi madre. Tenía cuatro años cuando mi madrastra me dijo que mi madre era una mala persona y que tenía que tener cuidado para no volverme como ella.

—Ha tenido que ser todo un reto —comentó Raif, cautivado por su sinceridad y por la manera de contarle su pasado imperfecto. La gente nunca le contaba ese tipo de cosas a él. Y, a menudo, había sentido que era la única persona que había crecido con un pasado disfuncional. Sus hermanos eran adolescentes cuando él todavía era un bebé y se convirtieron en príncipes adultos, mimados y consentidos, sin apenas echar de menos a una madre que se había visto obligada a marcharse dejándolos con su padre. Ninguna de sus experiencias era parecida a las de Raif y, la

lástima que habían mostrado hacia él cuando se enteraron de que la reina era alcohólica y le gustaban los hombres jóvenes, solo sirvió para lastimar su orgullo, acentuar las diferencias entre ellos y asegurar que los hermanos se mantuvieran distanciados.

—Tengo que hacer la cena —le dijo Claire.

Raif observó al gato y lo ignoró. Se sentó y, al cabo de unos instantes, el gato se acercó a él y lo miró antes de detenerse a sus pies. Él le acarició el dorso con un dedo y el animal saltó a su regazo.

—¡Circe! —Claire la regañó desde la puerta.

—Está bien. Estoy acostumbrado a los felinos. Mi madre tenía gatos siameses —la gata se bajó de un salto y regresó al asiento bajo la ventana.

—Mi madre la adoptó de pequeña y yo quiero llevármela cuando me vaya de la isla. Es un vínculo con ella, en realidad, el único vínculo que tengo —admitió.

Raif se puso en pie y preguntó:

—¿Cuándo perdiste a tu madre?

—La semana pasada. Era previsible. Cuando yo llegué aquí, ya estaba terminal —explicó Claire. —Cada día que estuvimos juntas ha sido maravilloso.

—Es una pérdida muy reciente —murmuró Raif desde la puerta, mientras ella continuaba cortando la verdura. Él la observó, asombrado de ver cómo manejaba el cuchillo con la eficiencia de un profesional.

—Pero piensa que podría no haberla conocido —comentó Claire. —He sido afortunada. Estoy muy agradecida por haber tenido la oportunidad de conocerla y de no haber escuchado a todos los que trataron de convencerme de que no viniera.

—¿Quiénes son todos?

—Mi jefe, mi madrastra, mi novio. Nadie quería que viniera. No obstante, era mi única oportunidad —admitió ella, abriendo bien sus ojos azules. —Tenía que aprovecharla, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo. ¿Y cuál ha sido el coste?

—Mi novio y el trabajo —admitió, —pero volvería a tomar la misma decisión. Mereció la pena... Ella merecía la pena.

Raif sonrió sin dejar de mirar la expresión de su rostro ovalado.

—Me alegro de que así fuera, pero ¿cómo diablos la perdonaste por haberte abandonado en primer lugar?

Claire echó las verduras en un cuenco.

—Si me hubieras hecho esa pregunta unos años atrás, te habría dicho que no podía olvidarla —confesó. —Después, mi padre murió y mi madrastra me pidió que recogiera las cosas de su escritorio. Mi hermanastro y ella tenían que mudarse, porque era la casa del clero y la necesitaban para el sustituto de mi padre.

—¿No vivías con ellos?

—No. Yo me emancipé en cuanto pude pagarme un piso compartido. Nunca me llevé bien con mi madrastra.

Raif la observó mientras se movía por la cocina. Claire sacó unos platos y agarró el cuenco para llevarlo al salón y servir la mesa pequeña que había junto a la ventana.

—Siéntate —le dijo.

Ella regresó a la cocina y volvió con una cesta de pan, una botella de agua y dos vasos.

—Es una comida muy normal —le advirtió.

—No tenías que darme de comer.

—Estaba muerta de hambre —contestó ella.

—Estabas contándome lo de que tuviste que vacía el escritorio de tu padre —le recordó. —¿Qué tiene eso que ver con todo lo demás?

—Encontré todas las cartas que mi madre había enviado durante años suplicándole que la dejara verme —confesó Claire. —Me quedé impresionada. Siempre me habían contado que mi madre estaba con otro hombre y se había escapado con él. Nadie admitió que había intentado verme por todos los medios. Cuando mi padre aceptó el divorcio, ella le cedió la custodia porque se sentía culpable. No se dio cuenta de que eso significaba que él podría negarse a que me viera otra vez y... Ella no tenía dinero para llevarlo a juicio.

Raif se sirvió ensalada y agarró un poco de pan.

—Tu padre debía de estar muy afectado.

—Sí. Nunca la perdonó por haberlo dejado, a pesar de que se casó con otra mujer muy poco tiempo después de divorciarse —Clair se inclinó hacia delante. —Mi madre solo tenía dieciocho años cuando se casó con él,

y un año después nació yo. Era demasiado joven para casarse con un hombre quince años mayor —opinó.

—Es evidente que ella consiguió tu empatía, pero yo empatizo con tu padre —admitió Raif. —La mayor parte de la gente espera que haya fidelidad en el matrimonio. Ella era su esposa y traicionó su confianza.

Claire hizo una mueca.

—Así es. Se fue de vacaciones con su hermana, y en contra de su voluntad, y se enamoró locamente de un pescador griego. Al final terminó casándose con Kostas y vivieron juntos en esta casa durante casi quince años. Hace unos años él falleció en un temporal en el mar y ella se quedó aquí sola.

Raif se encogió de hombros y dijo con calma:

—Seguía siendo infiel en su matrimonio.

Claire suspiró.

—A veces la vida no es solo blanco y negro.

—A veces sí —repuso Raif. —Mi padre se divorció de mi madre porque estaba aburrido. Ella no hizo nada mal. Le había dado tres hijos y había sido una buena esposa en todos los sentidos. Aun así, él rompió el matrimonio. Le destruyó la vida. Ella perdió todo lo que valoraba y sufrió una depresión.

—Debió de ser muy duro para ti y para ella —Claire se quedó pensativa. —¿Y tus hermanos?

—Cuando se divorciaron ya eran casi adultos y decidieron quedarse con mi padre.

—Entonces, no tuviste ningún apoyo por parte de los padres con los que vivías —comentó Claire asombrada.

—Este pan está muy bueno —comentó Raif, tratando de cambiar de tema. Ya le había contado mucho más de lo que solía contar.

Claire sonrió.

—Debe estarlo. Estudié repostería.

Raif continuó comiendo la ensalada. No tenía tanta hambre, pero la comida fresca y sabrosa le abrió el apetito.

—¿Tu madre sigue viva? —preguntó ella.

—No, falleció hace unos años. No puedo imaginar cómo debiste sentirte al conocer a tu madre después de tanto tiempo y descubrir que te caía bien... Aunque se suponía que no debía ser así.

—Mi padre y mi madrastra hicieron que me sintiera avergonzada de ella. Eran muy religiosos. Por eso, leer las cartas fue tan impactante. Mi padre las guardó a pesar de que no tenía intención de permitir que nos viéramos —dijo Claire. —Yo lo imaginaba regodeándose con aquellas cartas, disfrutando de su poder para impedir que nos viéramos. Esa fue su revancha. Era ese tipo de hombre.

—No te sentías unida a él.

—No, ¿cómo iba a hacerlo? No me veía como una persona diferente a mi madre. Él tenía un hijo con mi madrastra y lo trataba de forma muy distinta. Posiblemente habría estado más contento si mi madre me hubiese llevado con ella. Yo solo era el recuerdo del matrimonio fracasado que lo había humillado.

—Siento que perdieras a tu madre tan poco tiempo después de reencontrarla —murmuró Raif, apartando su plato vacío.

Claire notó que se le humedecían los ojos y pestañeó.

—Así es la vida —dijo ella. —¿Qué estás haciendo en Kanos?

Cuando comenzó a recoger la mesa, Raif se puso en pie.

—He estado viajando durante las últimas semanas.

—¿En traje?

—Esta mañana tenía una reunión de negocios.

Claire asintió.

—Ha sido agradable tener compañía para variar. Sin mi madre, la casa parece vacía.

—Tienes que darte un tiempo para superar la pérdida.

—Ya sabía que no le quedaba mucho —protestó Claire. —Debería haberlo asimilado mejor.

Al ver que una lágrima rodaba por su mejilla, Raif colocó la mano sobre su hombro y se lo apretó.

—Prepararse para algo así no es lo mismo que vivirlo.

—¿Crees que no lo sé?

—No quiero dejarte aquí sola.

—Entonces, quédate... No te estoy echando.

Raif suspiró.

—Quieres compañía... Y yo quiero besarte.

—¿He dicho algo acerca de que besarse no es adecuado? —se sonrojó Claire.

—No quiero aprovecharme del hecho de que te sientes triste y sola —dijo Raif. —No soy esa clase de hombre.

—A veces hay que dejarse llevar —repuso Claire.

Raif nunca se había dejado llevar en su vida. Trabajaba con un horario y una rutina que casi nunca rompía y la idea de relajarse una noche le resultaba muy atractiva.

—Sí —admitió él con una sonrisa.

—¿No te espera nadie?

—Nadie —Raif se sonrojó una pizca al pensar que en el yate había sesenta tripulantes y todo un equipo de seguridad. Sabía muy bien lo que era sentirse solo entre la multitud, pero no sabía lo que era estar físicamente solo, ya que, desde niño, siempre había estado rodeado de empleados.

Avergonzada por haber derramado algunas lágrimas, Claire apiló los platos y se dirigió a la cocina con ellos.

Raif dejó los vasos en el fregadero.

—Los dejo ahí de momento.

—Casa ordenada, mente ordenada —intervino Claire. —Eso me enseñaron.

—¿Y notas diferencia?

—No, solo te mantiene constantemente ocupada.

Claire dejó los platos en el fregadero y comenzó a lavarlos.

Raif agarró un paño de cocina y comenzó a secarlos.

—No tienes que ayudarme.

—No puedo estar sin hacer nada —Raif sentía que llevaba mucho tiempo sin hacer nada. Se ocupaba de las inversiones de Quristan al mismo tiempo que gestionaba su imperio inmobiliario. A menudo le habían dicho que era adicto al trabajo y no estaba en total desacuerdo con la idea. Se

sentía orgulloso de trabajar en beneficio de su país. O al menos, había sido así cuando todavía creía que podía hacer un buen trabajo sin enojar a su padre.

Agarró un plato y comenzó a secarlo con cuidado. El gobierno de Quristan estaba agradecido, los ciudadanos felices y su padre muy enojado. No había nada que él pudiera hacer al respecto. Había muchas cosas del mundo moderno que enojaban al rey Jafri, quien pretendía gobernar como un feudal en un país que poseía un gobierno elegido democráticamente. Raif dejó el plato y Claire le quitó el paño y continuó secando. Él se apoyó en la nevera mientras ella terminaba de guardar la vajilla en el armario. Cuando ella pasó por delante de él, Raif la atrajo hacia sí y la besó en el hombro. Al inhalar su cálido aroma, no pudo evitar que su cuerpo reaccionara. Ninguna mujer había tenido ese efecto sobre él, pero rara vez él se permitía estar tan cerca de ellas como para sentirse tentado. Claire, sin embargo, tenía la capacidad de hacer que se sintiera relajado y atraído por ella a la vez. Era sincera, natural, todo lo que una mujer debía tener para que él se sintiera interesado.

Claire se estremeció y se dejó abrazar. Nunca se había sentido tan atraída por un hombre en su vida y le parecía emocionante. Sabía qué era lo que estaba proponiendo, pero no tenía ninguna duda al respecto. Si decidía acostarse con alguien sería su decisión, la de nadie más. Su último novio había intentado mantener relaciones con ella y Claire se había negado, ya que necesitaba sentir una conexión mayor de la que sentía con él. Nunca se había sentido completamente cómoda con él. ¿Cómo era posible que conectara tanto con aquel extraño? ¿Cómo era posible que encontrara a Raif completamente irresistible?

Alzó la barbilla y lo besó en los labios. Él respondió ante aquel beso de forma inmediata. Era lo que siempre había buscado con un hombre: un deseo incontrolable que la animara a continuar, a explorar, a experimentar. Y la sensación le daba esperanzas acerca de que el rumbo de su vida podía estar nuevamente bajo control.

Raif la llevó hasta el salón.

—No pares —dijo ella, interrumpiendo el beso para respirar.

—¿Dónde está tu dormitorio?

Claire lo agarró de la mano y lo acompañó hasta la primera habitación que había al lado del salón. Las paredes estaban pintadas de azul y tenía unas cortinas llamativas. Era la habitación que Jo había preparado para ella antes de que llegara, pensando que sería la artista que a

Jo le gustaría tener, ya que ella disfrutaba pintando, haciendo cerámica y joyería. Por desgracia, Claire era una mujer a la que le gustaban las flores y los colores pastel, y que consideraba que no tenía ni una pizca de artista. Le gustaba la jardinería y cocinar, pero nunca hacía, o se ponía algo que llamara la atención.

Un sentimiento de tristeza se apoderó de ella y Claire se esforzó por aplacarlo. Quería celebrar la vida, enfrentarse a ella, en lugar de seguir todas las normas y precauciones que le habían inculcado. Gracias a que había ido contra esas normas, había encontrado a su madre y empezado a descubrir quién era en realidad...

—Me sentaría bien darme una ducha —comentó Raif sin más. — Estoy lleno de sal después del baño.

—No lo había pensado —murmuro Claire, acompañándolo hasta el baño y sacando una toalla limpia para él.

Ella regresó al dormitorio. Se preguntaba si debía decirle que él sería el primero, y si Raif le estaba dando una oportunidad para que cambiara de opinión. No, ¿por qué iba a hacer tal cosa? Los hombres no hacían eso cuando una mujer parecía segura de sí misma, ¿no? Decidida a continuar con su decisión, se desnudó y dejó la ropa en la cesta de la colada antes de meterse en la cama. Por primera vez, sentía que estaba con el hombre adecuado. Había una conexión, una comprensión que no sabía cómo explicar, pero que era mucho más de lo que había sentido en otras ocasiones.

Raif permaneció bajo el chorro de agua unos instantes. Estaba nervioso. Sabía que no debería estarlo, pero así era. Estaba a punto de tirar por la borda toda una vida de celibato por un impulso temerario. Claire lo hacía sentir así, y era algo que nunca había sentido antes. Ella le ofrecía una sensación de libertad y alegría, una sensación poco habitual en el mundo en el que él vivía. Ella lo deseaba y él la deseaba a ella. Así de simple. No era necesario convertirlo en algo más. Había pensado que reservaría aquella experiencia para su prometida, y en esos instantes se preguntaba cómo podía haber sido tan ingenuo.

Raif entró en la habitación con la toalla enrollada en la cintura.

—¿Sigues pensando que soy atractivo? —bromeó.

Al mirarlo, Claire se quedó sin respiración. Era como un actor de película. Tenía muy marcados los abdominales, y sus bíceps resaltaban bajo su piel bronceada.

—Sí —contestó ella, mientras él se quitaba la toalla.

Riéndose, Raif se metió en la cama junto a ella y la abrazó. Comenzó a besarla de forma apasionada y ella se estremeció al sentir un calor húmedo en el centro de su ser. Raif le acarició los senos y comenzó a jugar con sus pezones

—Tú sí que eres bella —murmuró él.

Claire tenía el cabello rubio esparcido sobre la almohada y sus ojos azules resaltaban sobre sus mejillas sonrojadas.

Él inclinó la cabeza y cubrió uno de sus pezones con la boca. Ella le acarició el abdomen y los hombros, y él arqueó la espalda al sentir que sus dedos se deslizaban por ella.

Claire se deleitó con la sensación que él le provocaba al succionar sobre sus senos y percibió una especie de corriente eléctrica en la entrepierna. Él le acarició el cuerpo y después la abrazó para besarla de nuevo en la boca, al mismo tiempo que exploraba la parte interna de sus muslos y encontraba el lugar más sensible de su cuerpo. Jugueteeó sobre ese punto unos instantes e introdujo un dedo entre sus pliegues humedecidos.

—Oh... —gimió ella.

—¿Tomas anticonceptivos? —preguntó él de repente.

—No... —Claire lo miró. De pronto, él parecía serio y nervioso.

Raif hizo una mueca y comenzó a separarse de ella.

—No tengo preservativo. Deberíamos haber hablado de esto antes.

Claire frunció el ceño.

—¿No llevas ninguno encima? —preguntó sorprendida.

—No tengo motivos para ello... Bueno, no los tenía hasta ahora.

Claire se sentó en la cama.

—Bueno, yo tengo uno.

—Qué bien —Raif la observó salir de la cama y dirigirse al armario. —Mi madre insistía en que debía tener por si acaso —explicó ella con incomodidad. —Pensaba que era rara porque todavía soy virgen y no quería que yo...

Raif se quedó helado.

—¿Eres virgen?

Claire lo miró avergonzada.

—También te parece extraño, ¿verdad? En la casa en la que me crié, donde tener relaciones sexuales prematrimoniales era algo grave, no me atreví a experimentar. No podía arriesgarme a que me acusaran de ser promiscua como mi madre. Tenía demasiado miedo de mi padre... Y, a medida que me iba haciendo mayor, me resultaba más difícil. Cielos, ¡estoy hablando sin parar!

—No tienes por qué avergonzarte —Raif agarró el preservativo que ella le lanzó y se levantó para abrazarla. —Yo tampoco soy un experto... Por motivos que prefiero no aclarar ahora.

Claire lo miró y se fijó en sus ojos color miel. Era muy atractivo, ¿cómo era posible que fuera inexperto?

—Tendrás que ser condescendiente conmigo —le dijo Raif.

Claire sonrió.

—Mientras hagas lo mismo conmigo —susurró ella.

Raif la recostó sobre las almohadas.

—No necesito hacer concesiones. Lo único que tengo que hacer es estarte agradecido —la acarició.

Se besaron y Claire sintió que se le aceleraba el corazón. Le acarició el cabello y él deslizó la mano hasta su entrepierna otra vez. Un intenso deseo se apoderó de ella. Era casi insoportable, estaba tensa y tenía humedecida la entrepierna. Se retorció y gimió una vez, deseando más.

—Lo sé —dijo él, besándole los senos, —pero todavía no estás preparada.

—Me siento preparada —dijo ella.

—No quiero hacerte daño —murmuró Raif, y deslizó la boca sobre su cuerpo hasta llegar al punto más sensible de su ser.

Sorprendida, ella estuvo a punto de pedirle que parara. Sin embargo, comenzó a moverse y arqueó la espalda, gimiendo, percatándose de que el ardor que habitaba en su entrepierna era cada vez más intenso. De pronto, notó que todo su cuerpo se tensaba y llegó al clímax. Gimió con fuerza mientras convulsionaba de placer, antes de alcanzar una inmensa sensación de paz.

—Ahora sí estás preparada —le dijo Raif. La sujetó por las caderas y la penetró despacio.

Ella permaneció muy quieta, consciente de cada uno de sus movimientos, sintiendo el empuje de sus caderas en cada movimiento, mientras él trataba de romper la resistencia de su cuerpo.

Raif la miró a los ojos y comentó:

—Tengo miedo de hacerte daño.

—Siempre he sabido que la primera vez duele —confesó Claire.

Raif estaba muy tenso.

—No pares —dijo ella.

Y él se puso de nuevo en acción. Se retiró una pizca y la penetró de nuevo, hasta que un dolor agudo la hizo gemir de dolor.

—Supongo que no es la experiencia que esperabas —dijo ella, confiando en que no hubiera notado sus ojos llenos de lágrimas. Arqueó las caderas y lo rodeó con las piernas.

Él la penetró un poco más.

—Es tan agradable estar dentro de ti. Como si me rodeara un suave líquido caliente.

El roce de su miembro provocó que ella comenzara a moverse al mismo ritmo que él, hasta que, en un momento dado él gimió y tensó el cuerpo para sucumbir al orgasmo.

—La próxima vez será más fácil —le dijo ella, mientras él la miraba con una mezcla de satisfacción, culpabilidad y disculpa.

—¿Habrás próxima vez? —preguntó él. —¿Una segunda oportunidad?

Claire sintió que una inmensa ternura la invadía por dentro. Nunca se había sentido tan cerca de nadie como se sentía de aquel hombre.

—Si la quieres —susurró antes de abrazarlo.

—La quiero —confesó él con una amplia sonrisa. —Te deseo.

—Pero no tenemos protección, así que tendrás que salirte a tiempo... O algo así —le advirtió.

Raif continuó abrazándola y acariciándole el cabello.

—Ha sido algo especial —murmuró. —Muy especial porque ha sido contigo.

Raif se retiró despacio de su interior y frunció el ceño antes de murmurar algo.

—El preservativo se ha roto.

—Oh, cielos... —Claire no sabía qué más decir mientras se preguntaba cuánto tiempo había estado ese preservativo por ahí, antes de que su madre la obligara a quedárselo.

—He sido brusco contigo, por eso se ha roto.

—No has sido brusco —lo regañó. —No digas eso.

—¿Por qué tengo la sensación de que te conozco de toda la vida? — Raif la miró unos instantes antes de ir al baño a limpiarse.

—¿Te marchas?

—¿Estás bromeando? ¿Después de que me has ofrecido una segunda oportunidad? —bromeó.

Y Claire se rio y se relajó, aliviada de que él fuera a quedarse. Raif regresó a la cama, apagó la luz y la acurrucó entre sus brazos como si llevara haciéndolo toda la vida.

Claire despertó sobresaltada y descubrió que estaba sola en la habitación. Desnuda, bajó de la cama y se cubrió con un pareo que tenía detrás de la puerta, antes de ir a ver si Raif estaba en la casa. Se había marchado, pero había dejado una nota con su número de teléfono sobre la mesa.

Por si hay consecuencias o simplemente quieres mantener el contacto conmigo.

Se había marchado, y ella sentía un tremendo vacío en su interior. ¿Qué esperaba? Una aventura de una noche con un desconocido rara vez se convertía en el principio de algo más duradero. Ya había terminado y no lo volvería a ver.

Le dolía la cabeza de manera intensa. Había tratado de convencerse de que no iba a importarle separarse de él, pero se había mentido. No era tan dura, no era tan insensible. En muy poco tiempo, Raif había empezado a significar algo para ella. Había sido un hombre cariñoso, respetuoso y amable, todo lo que deseaba, pero que nunca había encontrado en un hombre. ¿Tampoco debía ser difícil comportarse de esa manera cuando solo pensaba estar unas horas con ella?

Era el momento de regresar a la vida real. A las doce entraba a trabajar en el bar del puerto, donde se dedicaba a cocinar y servir mesas.

Era el único empleo que tenía y con el sueldo que ganaba y las propinas apenas le daba para pagar el alquiler. Yannis, el propietario del bar, confiaba en poder darle más trabajo durante el verano cuando llegaban más turistas. No obstante, en una isla como Kanos no había nada establecido. A veces, amarraban los barcos, a veces no. Por eso, ella necesitaba regresar a Reino Unido. En invierno, no había trabajo para alguien como ella en la isla.

Se metió en la ducha. ¿Cómo era posible que ya deseara llamarlo por teléfono? Mientras se vestía, no pudo evitar recordar todo lo que había sucedido por la noche. La segunda vez había sido impresionante. Él le había enseñado lo que era el placer de verdad, pero lo habían descubierto juntos, y eso había hecho que fuera más intenso y significativo. ¿Cómo podía ser significativo si solo habían pasado una noche juntos? ¿Y él se había marchado antes de que ella se despertara? ¿Por qué se estaba comportando como una mujer triste e inmadura? ¿Por qué no aceptaba la realidad de lo que había sucedido? ¿Una atracción repentina que ya había pasado? Él le había contado que estaba viajando. Por supuesto, no era probable que volviera a verlo. Al menos, él no le había hecho promesas vacías.

Claire se vistió y, al abrir la puerta de la casa para irse a trabajar, se quedó helada. Había una gran cesta de rosas decorada con globos esperándola. Soltó una carcajada y agarró el sobre que contenía una tarjeta. Solo ponía: Raif. Nada más. Al fin y al cabo, ¿qué más podía decir? Claire entró de nuevo en la casa con una gran sonrisa y comenzó a colocar las flores en agua. ¡Qué detalle más maravilloso! Él no había esperado a que despertara y, quizá, había sido lo mejor. ¿Qué más podían decirse aparte de adiós?

Capítulo 3

RAIF permaneció en cubierta contemplando el mar.

Había hecho lo que tenía que hacer, entonces, ¿por qué se sentía tan mal? Claire era maravillosa, pero no había futuro para ellos. La relación no podía llegar a ningún sitio. Él estaba enamorado de otra mujer desde hacía años. No podía ofrecerle su corazón a Claire, que era lo que ella merecía. Y no quería una aventura ocasional, ¿no?

A pesar de todo, nunca había deseado a una mujer de esa manera. La deseaba y la idea lo asustaba. Nunca había pensado así de Nahla. Ella era la esposa de otro hombre, la madre de unos hijos. ¡La esposa de su primo tercero! Él siempre había aceptado la barrera que se interponía entre ellos y la había respetado. Claire, sin embargo, tenía mucho atractivo sexual y, desde que la vio en la playa, él apenas había pensado en la furia de su padre.

Cuando Claire llegó al pueblo, Yannis, el propietario del bar, ya estaba organizando las sillas alrededor de una mesa larga que estaba en la terraza.

—A las ocho viene un grupo grande desde uno de los yates —le advirtió Yannis. —Le he pedido a Sofía que venga para atender las mesas y puedas ocuparte solo de la cocina.

—¿Cómo de grande es el grupo? —preguntó Claire.

—Diez personas, sin niños. Celebran un cumpleaños. Y traen su propia tarta.

—Eso nos ahorrará algo de tiempo —se rio Claire. El local estaba vacío a excepción de una pareja que solía ir todas las tardes.

—Le he dicho a Sofía que le diga a su hermana que nos traiga mucha verdura fresca —comentó Yannis con orgullo. —Lo ves, pienso por adelantado.

—Es cierto —admitió Claire, y se dirigió a la cocina para comprobar que tenían todo lo necesario.

Había estudiado tres años de repostería y había realizado muchas prácticas. Gracias a todo ello, el año anterior consiguió un trabajo en un buen restaurante. Por desgracia, tuvo que dejarlo cuando decidió viajar a Grecia para estar con su madre. No obstante, Claire sabía que siempre se necesitaban cocineros y que cuando regresara a Reino Unido podría encontrar un trabajo con facilidad. Tarde o temprano subiría de nivel otra vez y podría comenzar a devolver el crédito que había pedido para seguir estudiando.

Su padre se había mostrado en desacuerdo con la profesión que ella había elegido. Él habría preferido que se casara con un hombre reconocido en su congregación y que formara una familia. Tom, su hermanastro, acababa de ingresar en Teología y, al parecer, ya tenía un puesto esperándolo en la iglesia.

Claire estaba de acuerdo en que los horarios de trabajo en la restauración no eran los mejores, pero ella disfrutaba cocinando y el ritmo que se llevaba en las cocinas.

Pasó la tarde horneando pan, postres y dulces. Fue una tarde muy ocupada. Yannis entró a decirle que su comida, y los postres en particular, había sido muy elogiada. Hacia el final de la velada, la invitó a salir para conocer a los clientes.

—Creo que te he encontrado una manera barata de volver a casa —le dijo Yannis.

Un hombre de mediana edad se presentó como el capitán Hastings, del yate Manhoor. Claire arqueó las cejas al darse cuenta de que se estaba refiriendo a la enorme embarcación que estaba fondeada en la bahía.

—¿Le interesa un empleo temporal? —preguntó él. —En poco más de dos meses atracaremos en Southampton. Nuestro ayudante de cocina se ha roto una pierna y no puede trabajar. Necesitamos un sustituto para el resto del viaje.

—Hola, soy Gregoire, el cocinero jefe —intervino un hombre calvo con acento francés—. Cuéntame sobre tu formación y experiencia laboral.

Alguien le ofreció una silla y le presentó al resto de personas que estaban en la mesa. Una cuarta parte eran mujeres.

Gregoire le hizo muchas preguntas y Claire no pudo evitar ilusionarse. Trabajar a bordo de un yate con destino a Reino Unido solucionaría todos sus problemas.

—Creo que te irá bien, y además adquirirás otras experiencias en el yate —comentó Gregoire.

Claire respiró hondo.

—¿Puedo llevar a mi gata? Está bien educada.

El capitán se frotó la barbilla.

—No veo por qué no, siempre y cuando la tengas controlada.

—No tiene pasaporte para mascotas todavía.

—Puedes tramitarlo en alguno de los puertos donde paremos.

El barco zarparía al día siguiente y, por supuesto, querían que se incorporara al trabajo ese día. A ella le habría gustado tener más tiempo para empaquetar, pero sabía que Sofía estaría encantada de donar las pertenencias de su madre a una asociación benéfica y ella solo tendría que recoger aquellas cosas que deseara llevarse. Después de quedarse a tomar algo con los más jóvenes de la tripulación y de conocer a Liz, la asesora de estética del barco, y a un par de camareros, Claire se encontró con ganas de empezar a trabajar en el barco.

—Ah, me olvidaba de preguntar. ¿A quién pertenece el barco? ¿O es un yate privado?

—A su Alteza Real, el príncipe...

—¿A la realeza? —preguntó boquiabierta.

—A la realeza extranjera. Alguien tan rico que me sorprende que no se le vayan cayendo los diamantes al andar. No tienes por qué preocuparte. No lo verás casi nunca. Trabaja a bordo. Es un importante magnate de los negocios. Además, tiene varios invitados en este viaje, así que tendremos mucho trabajo.

Raif despertó al amanecer y se dirigió al gimnasio como cada día. Un elegante gato negro estaba esperándolo. Se llamaba Circe, y pertenecía a alguien de la tripulación. Raif trató de ignorar al gato porque le recordaba cosas que prefería no recordar. No obstante, el gato insistió para que le hiciera caso, e incluso lo siguió hasta sus aposentos al terminar y consiguió que le hiciera unas caricias antes de meterse en la ducha.

¿Cuántos gatos negros como Circe vivían en los puertos del Mediterráneo?

«Probablemente miles», pensó. Y, al menos, cincuenta debían llamarse como la diosa griega. En cualquier caso, había empezado a ver al gato desde que estuvieron atracados en Trieste, donde se había embarcado la nueva empleada del barco. Desde entonces, aquel gato negro se había convertido en la mascota del yate. Por lo que sabía, el gato visitaba todas las mañanas el puente de mando y el capitán le había comprado pescado fresco para que el cocinero jefe le hiciera un plato especial.

El gato visitaba a todos los miembros de la tripulación varias veces al día. Tenía su propia cama en el salón de belleza y juguetes en el despacho de Administración.

Lo peor era que, al verlo, Raif se acordaba de Claire y no era lo que necesitaba. Ya se acordaba de ella con cada milla que se alejaba. Ella le había escrito un mensaje para darle las gracias por las flores, pero no había vuelto a contactar con él. ¿Por qué iba a hacerlo si él ni siquiera había contestado su mensaje? Con seguridad se habría puesto en contacto con él si se hubiera quedado embarazada, pero puesto que no sabía nada de ella, pensaba que debía estar agradecido por que aquella noche inolvidable no hubiese acabado en un embarazo. Sin embargo, no podía estar agradecido ya que no conseguía quitarse a Claire de la cabeza.

Varios pisos por debajo de la suite del propietario del yate, Claire esperaba el resultado del test de embarazo que se había comprado en el último puerto. Había tardado dos faltas del periodo en aceptar que podía tener motivos para estar preocupada. El primer mes había pensado que el retraso se debía al estrés por la pérdida de su madre, pero el segundo mes ya había empezado a preocuparse. Nunca se le había ocurrido que pudiera quedarse embarazada la primera vez que tuviera relaciones sexuales o que la consecuencia de una noche con un hombre pudiera ser de tal magnitud. Mientras maldecía en voz alta su propia estupidez, miró a su alrededor para buscar el consuelo de su gata... Por supuesto, Circe no estaba.

Tener a la gata encerrada la mayor parte del día no había funcionado y, al final, la gata había descubierto que el barco era un lugar muy interesante para explorar. En vista de que nadie se había quejado, Claire solo encerraba a su mascota cuando bajaba a tierra, algo que no hacía muy a menudo.

En realidad, le encantaba trabajar en el yate. El sueldo era muy bueno y el alojamiento de lujo. Además, a bordo había suficientes mujeres

como para tener compañía y, cuando no había invitados, la tripulación tenía permiso para utilizar el salón de belleza, la piscina, el gimnasio y la sala de cine.

A pesar de todo, trabajaba muchas horas y, aunque disfrutaba del ritmo frenético que llevaban para atender a un grupo de exigentes invitados, se alegraba de que el último evento de su estancia se celebrara aquella mañana. Todos asistirían a una barbacoa en la cubierta superior. Sería la primera vez que ella tuviera permiso para subir a las terrazas donde solo accedían los empleados más expertos. En cuanto desembarcaran los invitados habría mucha paz en el barco y nada la distraería de la idea de regresar a Londres.

Con el test en la mano se sentó en la cama a observar el resultado. ¿Raif la ayudaría? Eso era lo que había dejado implícito en la nota. Claire había estado tentada de llamarlo o de mandarle un mensaje en muchas ocasiones, pero él ni siquiera había contestado cuando ella le dio las gracias por las flores. ¿Y dónde vivía él? Ella no sabía nada sobre Raif. ¿Le ofrecería ayuda económica? ¿O solo le había ofrecido apoyo sin siquiera tener intención de hacer algo concreto?

Claire volvió a mirar el resultado y se mareó. Además, tenía náuseas, tal y como había tenido en varias ocasiones los días anteriores. Le dolían los senos y no soportaba el sabor del café. Durante el día se encontraba extremadamente cansada y por las noches dormía profundamente. El resultado era positivo, y la sorpresa y el miedo se apoderaron de ella de tal manera que tuvo que correr hasta el baño para vomitar lo que había desayunado.

Claire se quedó impresionada por el extravagante mobiliario de la cubierta superior, donde estaba apilando platos sobre una barra, junto a la barbacoa de obra donde se preparaba la comida. Varias mujeres muy atractivas paseaban de un lado a otro en bikini. Una de ellas llamó su atención porque era una supermodelo y parecía una muñeca. Su larga melena negra caía sobre su espalda y un sombrero de ala ancha cubría su rostro del sol. El bañador tanga que llevaba resaltaba su trasero y sus piernas largas y esbeltas, y contrastaba con sus zapatos de tacón de aguja. En el suelo habían colocado una alfombra especial para proteger la cubierta.

Claire dejó de mirar a la modelo y empezó a moverse para ver si conseguía ver al príncipe. Había un hombre de mediana edad acompañado por lo que parecían unos guardaespaldas. Pensó que debía ser él. Aunque

no sabía por qué las otras mujeres que trabajaban a bordo habían insistido en que se llevaría una sorpresa cuando viera a Su Alteza Real.

De pronto, la mujer morena pegó un grito y Claire se giró a tiempo de ver que algo negro golpeaba contra la pared y caía al suelo inmóvil. Era Circe. Claire no podía creer lo que estaba viendo.

A su lado, Gregoire dijo algo en francés.

La mujer de cabello oscuro estaba histérica.

—Me ha tocado la pierna. ¡Todo el mundo sabe que detesto los animales!

—¡No era necesario que le dieras una patada! —comentó otra persona.

Claire salió de detrás de la barra y se acercó a la gata. Gregoire apareció a su lado con una bandeja grande. Antes de que Claire reaccionara, agarró al animal con mucha delicadeza y lo colocó sobre la bandeja.

—Buscaremos un veterinario —le dijo. —Buscaremos un veterinario inmediatamente.

—Asegúrate de que se hace rápidamente.

Claire oyó una voz que le resultaba familiar. Levantó la vista y observó con incredulidad. Raif estaba frente a ellos.

—¿Raif...? —susurró ella.

—Por favor, continúa sirviendo —Raif le pidió a Gregoire, mientras agarraba la bandeja para ocuparse de Circe. —Hagamos que mis invitados disfruten de la fiesta.

Desconcertado, el cocinero le pasó la gata herida a Raif.

—Me aseguraré de que el gato reciba la mejor atención.

—No la dejaré sola —intervino Claire, asombrada. —¿Eres uno de los invitados?

Por primera vez, Raif la miró con atención y se quedó paralizado. De pronto, ella pensó que él no la había reconocido hasta entonces, con el gorro de cocinera y la redecilla que ocultaba su cabello.

—Lo siento. No debería haberla traído a bordo. No puedo soportar verla así.

—Claire, vamos dentro para que puedas reponerte del susto de este...
Incidente —Raif eligió la palabra con cuidado y apoyó la mano sobre su espalda para dirigirla a la puerta más cercana.

Entraron en un salón decorado con lujo y elegancia y uno de los guardaespaldas que ella había visto en la cantina de la tripulación se dirigió a Raif en otro idioma.

—Hay un coche esperando en el muelle para llevarte al veterinario. Habrá que hacerle pruebas al gato y no podemos hacerlas a bordo. Moshin te acompañará.

Claire observó a Moshin hacer una reverencia y se quedó sin habla. Era imposible. Raif no podía ser el príncipe y el dueño de ese yate.

«Permitamos que los invitados continúen disfrutando de la fiesta», Claire recordó sus palabras y cómo la había acompañado al interior para asegurarse de que no pudiera decir nada ofensivo.

Estaba furiosa y horrorizada al mismo tiempo. Él había fingido ser alguien normal y corriente ¿no era así? Había ocultado su identidad, la había engañado. Ella había empezado a trabajar para él y ni siquiera sabía que aquel era su yate. Además, estaba embarazada de él. ¡Todo era un completo desastre!

El guardaespaldas le retiró la bandeja donde estaba Circe de las manos y señaló hacia la puerta:

—¿Me acompaña?

Raif la estaba mirando asombrado, como si no hubiera visto a una mujer en su vida. Claire se sonrojó y se apresuró para seguir al hombre que le estaba sujetando la puerta.

Raif la observó irse. Era tan menuda. ¿Cómo podía haberse olvidado de lo menuda que era? No podía creer que estuviera trabajando en el barco. Circe era su gata, pero a él no se le había ocurrido que Claire pudiera estar en el Mahnoor. Le había dicho que era cocinera, y la había visto en la barra, pero hasta que no lo había mirado con esos ojos azules, no la había reconocido.

¿Cuánto tiempo llevaba a bordo? Había pasado semanas pensando en ella y resulta que estaba varios pisos por debajo de él. Raif no participaba en la selección de los empleados del yate. Eso era trabajo del capitán. ¿Cómo iba a saber que ya no estaba en la isla? Si la hubiera llamado, lo habría averiguado. ¿Y qué habría hecho si hubiera sabido que estaba en el

yate? Jamás molestaría a ninguno de sus empleados, y tener una relación personal a bordo era algo indiscreto e inapropiado.

Claire siguió al guardaespaldas hasta el muelle donde los esperaba una limusina de color blanco. El hombre colocó la bandeja en el asiento trasero y esperó a que ella se subiera junto a su mascota, antes de acomodarse en el asiento del copiloto.

Claire acarició a la gata con los ojos llenos de lágrimas. No podría soportarlo si Circe muriera. Si se hubiera dado cuenta de que estaba entre los invitados, la habría encerrado. Al fin y al cabo, sabía que no a todo el mundo le gustaban los animales, pero ¿para darle una patada con tanta fuerza?

Empezó a sentir náuseas en el estómago.

Poco después, Mohsin la acompañó hasta una clínica donde una auxiliar de veterinaria se ocupó de Circe. Claire se sentó en la sala de espera, tratando de no pensar en el coste de la consulta. Se sentía culpable por no haber controlado los movimientos del gato cuando los invitados subieron a bordo. Se había comportado de forma estúpida, igual que con Raif. Si hubiera seguido las estrictas normas de comportamiento que le había inculcado su padre, habría estado a salvo. Buscar su independencia y disfrutar de su libertad la había llevado por un peligroso camino. ¿Qué podría ofrecerle al bebé como madre soltera y sin un sueldo decente?

Mohsin se acercó a ella con un vaso de agua fría.

—El príncipe se asegurará de que todo esté bien —la tranquilizó.

No, no podría conseguir que todo fuera como antes en su vida. Aunque cabía la posibilidad de que confiara en que ella interrumpiera su embarazo. Claire no estaba preparada ni para considerar esa opción. Se quitó el gorro, la redecilla y el delantal y lo dobló todo junto.

Se abrió una puerta y levantó la vista. Había pasado más de una hora desde su llegada. Al ver a Raif hablando con la recepcionista, se puso tensa. Al cabo de unos instantes, apareció un hombre mayor y mantuvo una conversación con Raif. Después, Raif se acercó a ella.

—¿Qué ocurre? —susurró Claire.

—Circe necesita cirugía, pero tendrá que esperar a que llegue el cirujano indicado. Tiene una conmoción y una pata rota. Es mejor que se quede aquí, bajo supervisión.

Claire asintió.

—¿Puede sobrevivir?

—Siempre y cuando no haya complicaciones con el golpe de la cabeza.

Claire tragó saliva.

—Ahora nos iremos —comentó Raif.

Ella quería preguntar si podía ver a la gata, pero no se atrevió. Estaba muy preocupada por cuánto iba a costarle la cirugía. En Montecarlo, ese tipo de operaciones no serían baratas.

—No sé cómo voy a pagar todo esto —murmuró.

Raif le agarró la mano.

—No tienes que preocuparte por ello. Mi invitada es la que ha provocado sus lesiones, en mi fiesta. Yo no soporto la crueldad hacia los animales. Soy responsable de asegurarme de que todo salga bien, mientras esté en mi mano.

Claire retiró la mano y susurró.

—No puedo permitir que asumas los gastos. No estaría bien.

Raif suspiró y la acompañó al exterior, donde los esperaban toda una flota de vehículos. Había hombres de pie, con auriculares. Su equipo de seguridad. Ella se preguntaba dónde se habrían escondido cuando Raif pasó media noche con ella. La mezcla de un sentimiento de rabia y arrepentimiento la invadió por dentro.

La guiaron hasta otra limusina y él entró con ella. Claire agarró el uniforme de cocina sobre su regazo, mientras el silencio se hacía cada vez más intenso.

—Claire —dijo Raif al fin.

Ella giró la cabeza y lo miró con sus intensos ojos azules.

—No voy a hablar contigo. No te conozco. No quiero saber nada de ti. Haré el trabajo para el que estoy contratada y, con suerte, nuestros caminos no volverán a cruzarse. En diez días llegaremos a Reino Unido.

Mientras hablaba, se preguntaba cómo podría cumplir lo que decía. Estaba embarazada de él y debía decírselo. No sería justo ocultárselo. Además, el bebé merecía algo más. Apretó los dientes.

Raif no dijo nada. Claire tenía derecho a sentirse así, aunque no le gustara. La vida no era tan sencilla como a ella le gustaría, y él le debía una explicación por su comportamiento.

Capítulo 4

—¿**D**ÓNDE estamos? —preguntó Claire cuando la limusina se metió por una calle y se detuvo frente a una casa blanca.

—Esta es mi casa de Montecarlo. Quiero que hablemos y no sería apropiado mantener una conversación privada contigo en el Mahnoor. Aquí podremos hablar en privado sin crear especulaciones.

—Me estás secuestrando para proteger nuestra reputación —comentó Claire.

—No seas ridícula. Está claro que estás enfadada conmigo.

—Está claro que eres capaz de comprender la situación —se mofó ella.

Raif decidió no discutir y se bajó del coche. Ella pensó en negarse a salir, pero en cuanto le abrieron la puerta cambió de opinión.

—¿Té o café? —le preguntó Raif cuando una mujer mayor salió a recibirlos.

—Té... ¿Y un aseo, por favor?

Claire se lavó la cara y las manos y se peinó el cabello con los dedos. Se inclinó sobre el lavabo y rezó por el bienestar de su gata. Las lágrimas amenazaron con inundar sus ojos de nuevo. No sabía lo que le pasaba, porque no solía llorar con facilidad, sin embargo, durante los últimos días se emocionaba con cosas muy tontas. Serían las hormonas. Claire respiró y se apartó del espejo. Estaba muy pálida y no tenía muy buen aspecto.

Regresó al recibidor y vio que Raif estaba de pie en un salón decorado en color crema y verde. Parecía que nadie lo hubiera usado nunca, que no se hubieran sentado en el sofá, ni movido alguno de los cojines.

La mujer apareció con una bandeja y la dejó sobre la mesa de café. Claire miró a Raif y vio que estaba tenso. Él forzó una sonrisa y le dio las gracias a la mujer mayor.

Él siempre intentaba encajar en cada situación. Claire recordó cómo había secado los platos en su casa, tratando de ser un hombre corriente cuando no lo era. ¿Cómo no se había dado cuenta de que Raif era un hombre diferente? Un hombre que provocaba que se le acelerara la respiración cuando lo miraba.

—¿Deberías haberme dicho que eras un príncipe! —exclamó Claire mientras servía el té en las tazas de porcelana.

—¿Qué diferencia habría habido?

—Bueno, para empezar, si hubiera sabido que el yate era tuyo ¡nunca habría aceptado el trabajo!

—No tiene sentido hablar de lo que habría sucedido. No puedes culparme por haber nacido.

—¡Pertenece a la realeza! —le recordó ella.

—Una realeza poco importante. Soy el tercero en la línea de sucesión después de mi padre, pero tengo dos hermanos mayores y casados que, probablemente, tengan herederos y que me alejen de la línea de sucesión. He crecido en Reino Unido y no soy una persona importante en Quristan.

—Y eres muy rico —comentó Claire. —Nunca me habría acostado contigo si hubiera sabido la diferencia de estatus que teníamos.

—La atracción se salta todas las diferencias. En aquellos momentos, eso no era importante para nosotros. No hice nada para engañarte.

—Pero evitaste decirme la verdad.

—¿Es tan malo? ¿Disfrutar de que me acepten simplemente como a un hombre? Esa mañana había tenido una discusión con mi padre. Fui a aquella cala en busca de paz y libertad, para tener unos minutos de relax.

—Y entonces aparecí yo y todo se estropeó.

—No me arrepiento de nada de lo que ha sucedido entre nosotros —le dijo Raif. —Nunca había conectado tanto con una mujer. ¿Por qué iba a desear que no nos hubiéramos conocido?

—Te arrepentirás en cuanto te diga lo que tengo que decirte —le advirtió Claire.

Raif frunció el ceño y agarró una taza de la bandeja.

—Dime...

—Me he hecho una prueba y estoy embarazada —comentó Claire.

—¿Estás segura? —dejó la taza de nuevo en la bandeja.

—El resultado ha dado positivo.

Raif palideció.

—No pensé que...

—Yo tampoco, pero esa noche arriesgamos mucho. Tuvimos un percance con el preservativo y después lo hicimos dos veces sin protección.

Raif no pudo evitar sonrojarse un poco. Había mantenido relaciones sexuales sin importarle el riesgo de embarazo. Mantenerse alejado de Claire le había resultado imposible y había perdido el control. Por eso se había marchado antes de caer en la tentación de despertarla de nuevo. Él despertaba cada mañana recordando el calor de su cuerpo retorciéndose contra el suyo y el intenso orgasmo que habían compartido.

Y ella se había quedado embarazada. Raif no podía creerlo, y menos cuando había imaginado que nunca tendría familia.

—¿Cuándo te enteraste?

—Hoy. No me hice la prueba hasta que no podía retrasarla más. Estaba evitándolo, escondiendo la cabeza en la arena. Estoy de dos meses —admitió.

Él sacó el teléfono e hizo una llamada en francés.

—Iremos a ver a un médico esta tarde. Necesitamos una confirmación del resultado antes de llegar más lejos.

—No hay posibilidad de error —protestó ella. —Y tengo que regresar al trabajo. La excusa de marcharme unas horas para cuidar de Circe ya ha durado suficiente.

—No puedes trabajar en la cocina estando embarazada —dijo Raif. —Podrías tener un accidente. Podrías hacerte daño. O al bebé.

—Raif —murmuró Claire. —Las mujeres embarazadas llevan cocinando miles de años, incluso en hogueras.

Él frunció el ceño.

—Tú no lo harás. No quiero que os pase nada. Estoy seguro de que cualquier médico estaría de acuerdo conmigo.

—Entonces, ¿no cuentas con que aborte o de al niño en adopción? — preguntó Claire.

—Por supuesto que no. Un hijo es algo preciado y yo no soportaría separarme de él. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar que te sugeriría algo así?

—No te conozco lo suficiente como para saber cómo ibas a reaccionar. Y te aseguro que un médico no te va a decir que es peligroso que siga cocinando.

Sonó el teléfono y Raif contestó. Al cabo de unos instantes, cortó la llamada y le dijo a Claire.

—Tenemos cita dentro de una hora.

«El dinero manda», pensó ella, agradecida de no haberlo dicho en voz alta. Circe había recibido atención veterinaria inmediatamente y Claire no tendría que esperar para recibir atención médica. Ese era el mundo privilegiado en el que vivía Raif, un mundo que funcionaba en base al poder, la riqueza y la influencia. No obstante, su actitud no se parecía en nada a lo que ella había imaginado.

Claire había pensado que podía enfadarse, o incluso insinuar que el bebé que llevaba en el vientre no era suyo. Ella se había preparado para la peor de las reacciones, pero se había equivocado.

—Ahora nos iremos a comer —continuó Raif.

—Pensé que ibas a enfadarte... o a culparme por todo esto —admitió Claire.

—¿Para que serviría enfadarse ahora? —le sujetó la puerta para que pasara. —La adversidad de un hombre es la oportunidad de otro.

—Es una actitud muy madura —comentó ella, al entrar en un comedor donde la mesa estaba servida. —Podía haber preparado yo la comida.

—Eileen se habría ofendido. Ella tenía un restaurante antes de venir a trabajar aquí. Se dedica a cuidar la casa, aunque yo apenas vengo por aquí. Estar jubilada le parecía muy aburrido.

—Tienes a mucha gente contratada.

—Sí. Y siempre estoy rodeado de personas. He aprendido a adaptarme. Aunque cuando era niño lo odiaba.

Claire suspiró cuando le sirvieron una colorida ensalada delante.

—Y yo te estropecé tu escapada a la playa.

—A cambio me ofreciste una increíble experiencia.

Claire se sonrojó y lo miró con nerviosismo.

—No hace falta que finjas sobre cómo te sientes. Puedo soportar la verdad. Pensé que ibas a culparme.

—¿Por qué iba a culparte? Corrimos el riesgo juntos y fuimos demasiado lejos. Aunque ninguno de nosotros estaba de humor para ser lo bastante sensato y pensar en las consecuencias.

Una comida ligera era justo lo que Claire necesitaba. Raif recibió una llamada y salió de la habitación para contestarla. Reapareció con una sonrisa.

—Circe ha salido de la cirugía y está recuperándose bien. Puedo llevarte allí para que pases un ratito con ella antes de ir a nuestra cita con el médico.

Claire se puso en pie con una sonrisa.

Raif también estaba de mejor humor a pesar de la noticia. No obstante, Claire tenía razón y estaba fingiendo. A pesar de que él prefería ser sincero, había aprendido que la sinceridad no siempre era lo mejor en momentos delicados. Él no la culpaba a ella. Él era mayor que Claire, con más experiencia y consciente de que ella estaba vulnerable por la pérdida de su madre.

Debía haberse comportado como un amigo y hacerle compañía, resistiéndose a su atractivo y a la seductora sensación de intimidad que jamás había sentido con otra mujer. Sin embargo, habían terminado en una situación que los obligaría a contraer matrimonio.

Él no veía otra manera de poder darle al bebé lo que merecía.

Se dirigieron a la clínica veterinaria y Raif permaneció a un lado mientras Claire acariciaba a su gata, a la que le habían escayolado una pata.

—El veterinario dice que es joven y que debería recuperarse bien, pero todavía existe el riesgo de que tenga convulsiones por el golpe en la cabeza. Recomienda que se quede ingresada hasta que esté más fuerte.

—La factura va a ser enorme —comenzó a decir Claire, una vez dentro de la limusina.

—Claire... Tenemos cosas por las que preocuparnos más importantes que esas —dijo Raif. —Ojalá se hubiese podido castigar a la mujer que le dio la patada, pero creo que fue un desafortunado accidente.

Ella no pretendía herir al animal, solo quitárselo de encima. Y, en cualquier caso, las habladurías ya la avergonzarán bastante.

Arrugó la frente. ¿Habladurías?

—Demasiada gente vio el incidente. Ella es famosa y alguien lo contará. A la mayoría le gustan los animales y muchos la juzgarán por el daño que le ha causado a tu gata.

Claire no dijo nada porque se sentía responsable de lo que había pasado.

Cuando llegaron a la consulta del ginecólogo, los acompañaron hasta una sala privada de la consulta. Primero la llevaron a hacer un análisis de sangre y un pequeño reconocimiento con el doctor Laurent. Más tarde, el doctor les confirmó el embarazo y les ofreció hacer una ecografía.

—¿Se puede ver algo a pesar de que ha pasado poco tiempo? —preguntó Raif.

—Le sorprendería. ¿Les gustaría saber si es niño o niña?

—Sí —Claire se incorporó en la camilla y se descubrió el vientre.

—En un par de días les enviaré los resultados y podrán saber si es niño o niña —les informó el doctor.

Raif permaneció junto a Claire mientras le pasaban el ecógrafo.

Claire miró la pantalla. Al ver la forma de un bebé, su rostro, las manitas, los pies, se le aceleró el corazón.

—Ahí tiene a su hijo —le dijeron.

—Mi hijo... —susurró Raif.

—Enhorabuena —los felicitó el doctor.

Les dijeron que durante el primer trimestre era normal tener náuseas y sentir cansancio

—Cuidaré mucho de Claire y de nuestro bebé —aseveró Raif. —Me gustaría no tener que esperar tantos meses para conocerlo.

Claire lo miró sorprendida, pero él estaba mirando la ecografía que les habían entregado en papel.

—¡Enséñamela! —exclamó ella.

Él se la entregó con una sonrisa.

—Creo que me deben gustar los bebés.

—¿No lo sabes?

—No, solo he visto a las niñas de mi hermano un par de veces, y eran mayores, no bebés —le dijo. —Y muy pocos amigos míos se han casado o han formado una familia.

—Estamos en la franja de edad equivocada —murmuró ella, mientras se subían de nuevo a la limusina. —Yo tengo una sola amiga con hijos... Se casó nada más acabar el colegio.

Claire pensó en la relación que tenía con su hermanastro y su madrastra. Mantenía el contacto con ambos, pero siempre tendría una relación tensa con su madrastra. De pronto, se percató de que su hijo no crecería con unos padres que se amaban. Era como si se repitiese la historia, ella no los había tenido y su bebé tampoco los tendría. Aunque sí tendría una madre amorosa.

—Nos las arreglaremos —comentó Raif con seguridad.

Claire reparó en la palabra nos, pero no dijo nada, ya que Raif todavía no había aclarado cuáles eran sus intenciones con respecto al bebé. Además, esperaba no tener que discutir con él sobre la posibilidad de seguir trabajando en el yate hasta que llegaran a Reino Unido. Quería conseguir una buena referencia para su currículum, ya que encontrar un buen trabajo en su situación era más que necesario.

—He pedido que te traigan las cosas que tienes en el Mahnoor —le informó Raif, nada más entrar en la casa. —Eileen te acompañará a tu habitación.

—¿Qué has hecho? —preguntó ella sorprendida.

Raif enderezó los hombros y la miró de arriba abajo.

—Cuando te hayas cambiado de ropa hablaremos sobre el futuro en la terraza del lateral de la casa. ¿Te parece bien?

Claire respiró hondo y cerró los puños.

—Siempre y cuando no utilices «hablar» como sinónimo de «mandar».

—En absoluto —comentó Raif, —pero comprende que ahora es mi deber protegeros de un posible escándalo —la miró fijamente.

Claire se volvió y siguió a la señora que la estaba esperando. No podía discutir con él delante de ella. El tema del que tenían que hablar era privado.

Eileen la acompañó hasta un dormitorio opulento. Su maleta estaba sobre la cama y la bolsa con las cosas de su gata junto a la pared. Claire hizo algunos ejercicios de respiración durante unos minutos para controlar sus emociones. ¿Cómo había sido tan ingenua como para pensar que podría continuar trabajando en el yate estando embarazada de Raif? Por supuesto, él no iba a arriesgarse a que la noticia se hiciera pública.

Sacó un vestido de la maleta y el neceser y se dirigió al baño. Después de una ducha rápida se sentía más tranquila. Había sido una ingenua al pensar que podría regresar al yate como si nada hubiese sucedido. Todo había cambiado, y sin avisar. Pero el padre de la criatura la estaba apoyando y eso era muy positivo.

Raif observó a Claire mientras salía a la terraza. Llevaba un vestido de algodón que le llegaba por encima de la rodilla. Él pensó en cómo habría reaccionado su padre al ver a una mujer con las piernas desnudas. Las esposas de sus hermanos se vestían como cincuenta años atrás, para complacer las ideas anticuadas de aquel hombre. Raif sonrió, cautivado por la imagen de Claire y por el brillo de su melena.

Eileen sacó las bebidas que él le había pedido. Claire aceptó un vaso y lo miró con duda.

—No tiene alcohol —explicó Raif.

—Ah —Claire sonrió y bebió un sorbo. Lo miró y notó que se le aceleraba el corazón.

Él también se había cambiado de ropa, pero se había puesto otro traje.

—¿Alguna vez llevas pantalones vaqueros? ¿O pantalones cortos?

—A veces, pero normalmente estoy trabajando y reuniéndome con gente, así que tengo que vestir de manera formal.

—Entonces... —Claire apretó los labios. —No quieres que vaya a terminar mi trabajo en el yate. ¿Es porque crees que contaré lo nuestro? No lo haré. Puede que en la isla pareciera una charlatana, pero sé cuándo tengo que permanecer callada.

—Lo creo —contestó Raif. —Por lo que respecta a mi familia y a mi país, siempre tengo mucho cuidado para no provocar escándalos y ahora que tenemos que pensar en el bebé, tengo motivos mayores para asegurarme de que no circularán rumores sobre nosotros.

—No le diré a nadie quién es el padre de mi hijo —prometió Claire.

—Eso no funcionará, Claire. Para que mi familia acepte a mi hijo o hija, tendría que haber nacido dentro del matrimonio. Mi hijo no será aceptado de otra manera —murmuró Raif. —Nadie es más de la vieja escuela que mi padre, y lo que él diga afecta a toda la familia.

—Porque es el rey —dijo Claire, apesadumbrada por la idea de que su hijo no sería aceptado por la familia de Raif por ser ilegítimo.

—Y porque tiene el poder para dificultarle la vida a cualquiera que cuestione sus convicciones. Sin embargo, Quristan no es un país anticuado. —dijo Raif con orgullo. —No obstante, entre las paredes del palacio, la vida continúa tal y como era cuando nació mi padre, hace setenta años.

—Siento que esas circunstancias hagan que nuestro hijo no pueda conocer a tu familia porque, por mi lado, no tengo familia que ofrecerle —comentó Claire. —Tengo una relación cordial con Tom, mi hermanastro, pero no estamos unidos.

Raif posó la mirada de sus ojos marrones sobre su rostro.

—Quiero que te cases conmigo, Claire.

—¡No hablas en serio!

—Quiero que te conviertas en mi esposa para poder darle a nuestro hijo el mejor comienzo y un futuro donde tenga libertad de elección. No podemos permitir que nuestra impetuosidad prive a nuestro hijo de las numerosas ventajas que le traerá nuestro matrimonio.

Claire tragó saliva.

—Hablas en serio, pero sería una locura.

—Necesitamos el certificado de matrimonio por el bien de nuestro hijo, no por el nuestro —señaló Raif. —La ceremonia se celebrará en la embajada de Quristan en España. Tengo un cargo diplomático, así que será más fácil saltarnos las formalidades. Podemos casarnos dentro de unos días... si estás dispuesta a aceptar...

A Claire le temblaban las piernas y buscó una silla para sentarse.

—Sería una locura —repitió con voz débil.

Capítulo 5

—**E**NTONCES, debo estar loco —comentó Raif. —En estos momentos, lo que más deseo es casarme. Con ello repararemos el mal que, de otro modo, infligiríamos a nuestro hijo.

—El matrimonio es una medida muy drástica —susurró Claire.

—No tiene por qué. Si no quieres tener nada que ver conmigo a nivel personal, también es aceptable —le informó Raif—. No te pediré nada más aparte de que celebremos la ceremonia de matrimonio.

—¿Quieres decir que será fingido? —Claire estaba asombrada.

—Si quieres marcharte después de que nazca nuestro hijo, no haré nada para impedir tu libertad. No tiene que ser un matrimonio para siempre. Y no tenemos que compartir la cama si no quieres. Intento ofrecerte un matrimonio que te resulte satisfactorio, pero no sé cuáles son tus condiciones.

Por un instante, Claire pensó que la única cosa que quería del matrimonio era a él. No su dinero, ni la seguridad que ofrecía, tampoco una farsa para legitimar a su hijo. No obstante, él no se ofrecía de ninguna manera. Ella lo sabía. Sabía que lo único que no le estaba ofreciendo era la oportunidad para ver si el matrimonio se convertía en una relación de verdad.

Era evidente que eso no se contemplaba como posibilidad. ¿Y por qué tendría que contemplarse?

Ella era cocinera y él príncipe. Él venía de familia rica y privilegiada y ella de una casa corriente con una familia llena de escándalos. Por supuesto, Raif no se planteaba que pudiera llegar a sentir algo más que lo había sentido por ella el primer día que se conocieron. Él se había marchado. No le había escrito, no había hecho nada y viajaba en un enorme yate donde estaba al mando de todo. Podría haberla visto de nuevo si él hubiese querido. No obstante, lo cierto era que él no quiso.

—Has de decirme lo que quieres —comentó Raif.

—Quiero darle lo mejor a mi hijo y si eso pasa por el matrimonio, consideraré la idea, pero no quiero fingir nada. No creo que se me diera bien.

—Entonces, ¿qué quieres?

Claire bebió un sorbo de su bebida para calmar el temblor de sus manos.

—Es evidente que lo que tú quieres es un matrimonio temporal que solo dure lo necesario —dijo ella. —Pero me parece mal usar el matrimonio de esa manera, aunque entiendo que para ti no sea más que un certificado.

—Y eso te hace sentir mal —dijo Raif. —Podría ser tan real como tú quieras, y que dure lo necesario para el bien de nuestro hijo.

—¿Cómo puedes pasar de una idea a otra completamente diferente?

—Esto es una negociación en la que ambos nos tenemos que comprometer de alguna manera —repuso Raif. —Básicamente, te daré lo que quieras si aceptas a que me convierta en tu esposo.

—Entonces podría ser un matrimonio de verdad.

—Y en un matrimonio de verdad yo tendría acceso a mi hijo, y por eso lo aceptaría. No quiero ser un visitante ocasional en la vida de mi hijo. Tampoco pondré ninguna objeción en tener una esposa sexy y bella, de forma temporal.

Claire se sonrojó.

—A veces usas demasiadas palabras para decir cosas sencillas.

—Todavía te deseo.

—No estoy segura de ello, después de que te marcharas y no volvieras a contactar conmigo —contestó Claire.

—Había un motivo para ello... —Raif apretó los labios.

—¿Una noche fue suficiente?

—Tenía muchas ganas de volverte a ver, pero no habría sido justo —Raif respiró hondo. —No estoy seguro de que quieras oír lo que te voy a decir con sinceridad.

—Si no podemos ser sinceros ahora, ¿qué clase de matrimonio podríamos tener?

—Estoy enamorado de otra mujer. Me enamoré de ella hace muchos años —confesó. —No obstante, nunca he estado con ella, ni podré estarlo, porque está casada con otro hombre y parece muy feliz con él.

—¿No habéis tenido una aventura?

—No es una opción... No sería mi estilo, ni tampoco el de ella.

—Si es alguien con quien nunca podrás estar y lo sabes, deberías haberlo superado.

—¿Crees que no lo he intentado?

—Inténtalo más —le dijo con una pequeña sonrisa. ¿Cómo podía enfrentarse ella a una mujer de la que Raif llevaba años enamorado, pero que era inalcanzable? Sin embargo, él le había propuesto matrimonio por el bien de su hijo y ella cada vez sentía algo más intenso por él. —Gracias por decirme la verdad.

—¿De qué nos sirve? —preguntó Raif.

—Para conocernos mejor, supongo. Entiendo que esta noche vamos a quedarnos aquí.

Raif asintió, tratando de interpretar la expresión del rostro de Claire.

—Iba a pedirte tiempo para reflexionar sobre mi decisión, pero creo que ya no es necesario. Me casaré contigo.

—No te daré motivos para arrepentirte.

—Has de ser fiel y sincero —le dijo. —Es todo lo que te pido. Y no quiero saber la identidad de la mujer de la que me has hablado. Quiero que eso quede claro.

Raif respiró hondo.

—Puedo asumir tus peticiones. Entonces, tenemos un acuerdo.

—No, un acuerdo, no. Un matrimonio. A veces te comportas como un hombre de negocios.

Raif sonrió. Le gustaba cómo lo trataba ella, sin ocultar nada, sin fingir... Había muchas cosas que admiraba de Claire, aparte de su físico y del efecto que tenía sobre su libido. Solo con mirarla, se excitaba, y la idea de que pronto volvería a ser suya le encantaba. Cuando se casaran podrían darle un hogar a su hijo. Raif no quería una relación de mentira, y tampoco pensar en un divorcio futuro. El divorcio había destrozado su vida y la de su madre. Y lo había separado de sus hermanos y su padre. Él no permitiría que su hijo sufriera esas pérdidas y, por suerte, la respuesta para prevenir

dicho riesgo estaba en sus manos. Si él hacía feliz a Claire, ella no pediría el divorcio.

Cenaron en la terraza, charlando animosamente. Raif le contó que apenas había visto a su padre excepto en ceremonias oficiales y ella le narró anécdotas acerca de cuando participaba en el coro de la iglesia, de pequeña.

Claire se fue a la cama con un sentimiento de tristeza. Si él no le hubiera contado que estaba enamorado de otra mujer, ella se habría levantado de su cama para meterse en la de Raif, pero después de su confesión, ya no lo veía factible. Era posible que él todavía la deseara, pero ella necesitaba que la apreciara por algo más

Claire no estaba acostumbrada a ocultar sus emociones, pero sabía que en el futuro tendría que ser más precavida. Una princesa no podía irse de la lengua, reírse por tonterías o pensar en ponerse ropa interior especial para sorprenderlo. Y él se sorprendería porque la noche que pasaron juntos él le había admitido que también era virgen. Claire lo agradecía. Al menos la otra mujer no podría robarle eso también.

Raif se dio una ducha de agua fría y, al ver que no conseguía solventar su problema decidió que las duchas de agua fría estaban sobrevaloradas. Le sorprendía pensar que durante tantos años no se hubiera visto afectado de esa manera por el deseo. Deseaba a Claire como si fuera una droga a la que se había hecho adicto, y sabía que debía tratarla con mucho respeto para que no pensara que él daba por hecho que podía disfrutar de su cuerpo.

Por la mañana, Claire le preguntó qué debía ponerse para la boda y Raif frunció el ceño.

—Consultaré con mi equipo y organizaremos algo aquí en casa. Necesitarás todo un armario nuevo, pero no podemos ir de compras aquí en Mónaco, que soy muy conocido.

Raif no quería hacerle daño a Claire contándole que, si su padre descubría que iba a casarse con una mujer sin su aprobación, removería tierra y cielo para detenerlo, ya que Claire no pertenecía a la realeza ni tenía ninguna relación con una familia importante de Quristan. Al mismo tiempo, su padre nunca había mostrado interés por saber si Raif pensaba casarse, pero sí había elegido las esposas de sus dos hijos mayores. Tras consultar a su abogado, Raif sabía que no había nada en la constitución que implicara que necesitaba el permiso de alguien para casarse y una vez que

estuviera casado, ya no habría nada que hacer. No estaba dispuesto a que su hijo naciera fuera del matrimonio.

Claire fue a visitar a Circe otra vez y Mohsin la acompañó. El animal estaba más espabilada que el día anterior y Claire se alegró. Le daba pena no poder llevar a la gatita a casa, con ella, pero estaban a punto de viajar a España y no podía cargar a Eileen con un gato convaleciente.

—Entonces, ¿qué me pongo? —preguntó a Raif cuando regresó del veterinario y él le informó de que el equipo de Moda, la estaba esperando en el salón. —¿Un vestido de boda o algo menos nupcial?

—No importa. Una vez lleguemos a la embajada no nos verá nadie. El embajador y su esposa te caerán bien. Yo fui al colegio con Kashif, y Stella es británica, como tú.

—Me gustaría un vestido de novia —admitió Claire.

—Claire... —Raif le acarició los labios con un dedo. —Sonríe. No me importa si vas vestida como un pirata. Solo me importa que demos este paso juntos.

Claire se estremeció y sonrió. Él sonrió también y ella se contuvo para no darle un beso. El brillo de sus ojos provocó que su cuerpo reaccionara y tuvo que apretar las piernas para contener el intenso deseo que sentía. Lo deseaba como nunca lo había deseado, incluso más que la primera vez, porque sabía lo que podía hacerle con la boca, las manos y el cuerpo. Pestañeó deprisa y se obligó a darse la vuelta.

El equipo de Moda era una estilista y representantes de varios diseñadores. Después de tomarle las medidas, le mostraron varias fotos para saber sus gustos y, después de varios intercambios, le prometieron que tendría un armario con ropa para clima frío y cálido. Ella sabía que pocos meses después, la mayoría de la ropa no le serviría, pero no mencionó nada acerca de su estado. Estaba muy emocionada por haber elegido el vestido de boda de sus sueños y se alegraba de que no se le notara el vientre todavía para poder ponérselo.

Al día siguiente, Raif le tendió el teléfono y le dijo que el médico quería comentarle los resultados. Claire caminó de un lado a otro de la terraza y escuchó mientras le informaban del sexo del bebé. Le devolvió el teléfono a Raif y exclamó.

—¡Vamos a tener un niño! —sonrió.

Raif sonrió también.

—De veras no me importaba, pero quizá, como soy chico, tener un hijo me parece más sencillo.

Cuarenta y ocho horas más tarde, ambos se dirigieron al aeropuerto por separado y se ignoraron mientras esperaban en la sala VIP.

—¡Es como ser una espía! —le dijo Claire a Raif cuando se reunieron en el jet privado. —Y Mohsin es como una sombra cuando se mueve alrededor. Me encanta. ¡He tenido cuidado para ni siquiera mirar en tu dirección!

—Eres una maravilla, Claire —comentó él con una sonrisa. —La mayoría de las mujeres me habrían asesinado por obligarlas a permanecer escondidas el día de su boda.

—Yo no soy como la mayoría.

—Lo sé muy bien.

Era cierto que la ropa que había recibido el día anterior había hecho que se sintiera más segura de sí misma que nunca. Había descubierto el placer de vestir con elegancia, en tonos canela.

Aterrizaron en Barcelona y se dirigieron a la embajada por separado. Una vez allí, ella se bajó de la limusina y entró en el enorme edificio, donde la recibió una joven de cabello oscuro.

—Soy Stella, la esposa de Kashif —le anunció. —¡Esto es muy emocionante!

—Sí, ¿verdad? —convino Claire, contenta del recibimiento tan relajado que le habían dado. Siguió a Stella por una impresionante escalera hasta un dormitorio donde encontró su equipaje.

—¡No puedo esperar a ver el vestido! —confesó Stella. —¡Me da pena que Raif sienta que se tiene que casar en secreto solo por ese viejo dictador que tiene como padre!

Consciente del hecho de que su anfitriona no sabía que estaba embarazada, Claire no dijo nada. Así que ese era el motivo por el que había que mantener la boda en secreto. Evidentemente, Raif iba a casarse con una mujer a quien su padre no aprobaría. Decidida a no sentirse dolida por aquello, descolgó el vestido y se lo puso.

—Ningún hombre merece el amor más que Raif —le dijo Stella, sentándose en el borde de la cama. —Tuvo una infancia terrible y nunca te la contará.

Claire frunció la nariz.

—Es muy reservado, pero todos somos diferentes ¿no es así?

—¿Quieres saber los detalles?

—Quizá ya los sé. Sé lo de sus padres, el divorcio, la depresión de su madre... No creo que tenga derecho a saber nada que él no haya elegido contarme...

—Lo siento, ¡no he dicho nada! —comentó Stella. —Eres leal. Eso tampoco lo ha tenido nunca, alguien que le sea leal. Está demasiado ocupado siendo leal y respetuoso con una familia que se comporta como si él no existiera, excepto cuando les viene bien. Solo lo invitan a eventos oficiales. Lo excluyeron de todas las bodas, nacimientos y celebraciones familiares.

—Es un hombre muy especial —murmuró Claire, dolida por el hecho de que Raif tuviera que sufrir ese trato por parte de su familia.

Ella tampoco había tenido una infancia fácil. Su padre y su madrastra la habían criado sin afecto ni reconocimiento de ningún tipo. Aun así, nadie le había pegado, ni matado de hambre y, por ello, no se sentía con derecho a quejarse.

—Te preocupas por él —murmuró Stella con aprobación. —Eso es todo lo que yo quería saber.

Claire se sonrojó mientras se desvestía. Podría haber pedido privacidad, pero sabía que necesitaría ayuda para ponerse el vestido. Era una prenda con mangas ceñidas de encaje y escote en forma de corazón, el corpiño ajustado y la falda estrecha y larga. La tela de raso, decorada con perlas y de color sepia, el tono que mejor quedaba con su piel.

—Raif ha pedido que traigan las joyas de su madre desde Londres para que puedas ponértelas —le informó Stella. —Ese cofre pesa suficiente como para hundir el Titanic.

—Raif no mencionó nada —Claire se puso el vestido y Stella la ayudó.

—Es muy bonito —suspiró Stella mientras le cerraba la cremallera. —Yo me casé por lo civil. Con un traje de chaqueta. Si volviera a tener la oportunidad, me pondría un vestido de novia.

Claire se calzó los zapatos y se acercó al cofre enorme que había junto a la pared. —¿Las joyas están ahí?

El cofre estaba lleno de cajas. Claire levantó la tapa de la más grande y al ver el reflejo de los diamantes se quedó boquiabierta.

—Ese collar es perfecto para tu escote —le comentó Stella.

El collar tenía unos pendientes a juego.

—Debe de haber una tiara. O más de una, supongo. Era una reina.

—Una tiara sería demasiado —repuso Claire.

—No para una princesa, y Raif ha pedido un fotógrafo —le advirtió Stella.

Encontraron la tiara y Claire permitió que Stella se la colocara sobre el velo, en la parte de atrás de la cabeza. Al mirarse en el espejo, sintió un nudo en la garganta. Con tantos diamantes y ese vestido, apenas se reconocía.

Bajaron a una gran sala donde las esperaba Raif con otros dos hombres. Mientras le presentaban a Kashif, el marido de Stella, y al cura que oficiaría la boda, Claire no podía dejar de mirar a Raif, que estaba muy atractivo. Llevaba un esmoquin y un pañuelo gris perla en el cuello, a juego con el fajín que rodeaba su cintura.

«Está muy atractivo», pensó ella. Su cabello negro resaltaba sobre sus ojos, su mentón recién afeitado, su boca sensual. Ella no podía creer que iba a casarse con él. Raif le dio la mano con una sonrisa y la guio hasta una mesa decorada con un centro de flores y la miró como si fuera la única mujer en el mundo.

Fue una ceremonia corta, pero Claire escuchó cada palabra e intercambió el anillo con Raif, maravillada de que realmente estuvieran convirtiéndose en marido y mujer.

Raif la miraba cautivado. Con aquel vestido, ella era la mujer con la que siempre había soñado. Y Kashif había hecho todo lo que él le había pedido y más para preparar la boda. Desafortunadamente para Claire, solo había dos invitados, pero algún inconveniente tenía que haber por casarse en secreto.

—Ha sido maravilloso —le dijo ella, cuando los anfitriones los acompañaron al jardín para que el fotógrafo les fotografiara entre las flores. —Estás preciosa —le susurró Raif.

Claire se sonrojó y sus ojos azules se llenaron de brillo.

—No esperaba un cura cristiano y una ceremonia —susurró ella.

—Quería que te sintieras cómoda —respondió Raif.

Y durante la cena, ella comió con moderación porque estaba ensimismada. Nunca había habido un hombre en su vida, ni siquiera su padre, que se preocupara tanto por hacerla feliz. Nunca había disfrutado de recibir tanta atención. Sin embargo, Raif había ofrecido atención médica a su gata y había posibilitado que Claire fuera a visitarla. También le había comprado ropa para su nueva vida, y le había prestado las joyas de su madre. Además, no le había hecho ninguna exigencia.

Claire decidió que era la persona menos egoísta que había conocido nunca.

—Has hecho que sea un día maravilloso —murmuró ella.

—Ese era el objetivo —comentó él con satisfacción.

Por debajo de la mesa, ella le acarició el muslo para expresar su gratitud. Él le cubrió la mano un instante y la retiró. Ella captó la indirecta y apartó la suya. No, Raif nunca sería afectuoso en público.

Claire sabía que ya estaba medio enamorada del hombre con el que se había casado. Nunca había conocido a alguien como él, ni siquiera había soñado con que pudiera existir. Y, de pronto, estaba allí con un anillo en el dedo, incapaz de creer lo afortunada que era.

Raif ni siquiera podía soportar el roce de su mano sobre el muslo. Notaba su miembro duro como una roca. Deseaba desafiar todas las normas y llevarla a un lugar privado donde poder acariciarla. No podía creer que una experiencia en el mundo del sexo lo hubiera dejado tan necesitado, ya que en el resto de aspectos siempre mantenía el control. Sin embargo, Claire le afectaba de una manera desconocida con solo una sonrisa o una mirada. Estar con Claire era como estar todo el día bajo la luz del sol, donde todas las preocupaciones se desvanecían.

No fue hasta las diez de la noche cuando Raif pudo excusarse ante sus anfitriones. Le explicó a Claire que pasarían la noche en los aposentos que crearon para su padre en la embajada, cuando se convirtió en rey y solían viajar al extranjero.

—Y después al parecer tuvo un escándalo con una mujer joven y hubo que ocultarlo. Desde entonces, no volvió a salir de Quristan —informó Raif, mientras abría la puerta de una habitación.

Claire se quedó asombrada al ver la enorme cama con dosel, decorada con cortinas de color granate y dorado, que estaba colocada sobre una tarima al fondo de la habitación.

—Oh, cielos... ¿Vamos a pasar la noche en esa monstruosidad?

—Sí, es una monstruosidad, ¿verdad? —convino Raif con humor, aliviado por no ser el único al que no le gustaba el estilo medieval de la decoración. —Aquí es donde duermo cuando vengo. Kashif me dijo que es una réplica exacta de la cama que mi padre tiene en el palacio. Nunca he estado en el ala de sus aposentos, así que no lo sé.

Claire recordó que Raif no tenía una relación cercana con su padre. Y el hecho de que no conociera sus aposentos lo decía todo.

—¿Te apetece algo de beber? —preguntó Raif.

—No, gracias. Estoy llena —comentó Claire, y se acercó a la cómoda para quitarse las joyas.

—Mañana nos marcharemos a primera hora. Vamos a pasar unos días en la Alpujarra.

—No esperaba tener luna de miel —dijo ella. —Y no te he dado las gracias por permitir que hoy pudiera ponerme estas preciosas joyas.

—Heredé las joyas de mi madre. Como eres mi prometida, tienes derecho a usarlas. ¿Necesitas ayuda?

—Me parece que esta noche vas a tener que desenvolverme como si fuera un regalo —murmuró Claire, mientras trataba de quitarse el collar.

—Déjame... —le desabrochó el collar y lo dejó sobre la cómoda.

Claire se quitó los pendientes y se los devolvió.

Raif le entregó una caja envuelta en papel de regalo.

—Es mi regalo de boda.

—¡Yo no tengo nada para ti! —exclamó Claire.

—Claire —murmuró Raif con una sonrisa. —¡Mi regalo eres tú!

Claire se sonrojó y abrió el paquete. Dentro había un reloj con diamantes incrustados.

—¡Guau! Es precioso, Raif —se apresuró a quitarse el que llevaba y a ponerse el nuevo. —Muchísimas gracias.

Él la miró e inclinó la cabeza para besarla en los labios.

—No es nada —comenzó a decir, pero el sabor de sus labios lo dejó sin hablar.

Claire se estremeció y se entregó al beso, apoyando las manos sobre sus hombros y pegando su cuerpo al de él.

Capítulo 6

—NECESITO tu ayuda para quitarme el vestido —murmuró Claire contra su boca.

Raif se separó de ella y mientras se quitaba el pañuelo y el fajín y dijo:

—Los dos llevamos demasiada ropa.

—Como tú en la playa —le recordó ella con una sonrisa, sin darle importancia al hecho de que él se hubiera marchado sin decir nada. Comprendía por qué lo había hecho, aunque hubiera preferido que Raif no estuviera enamorado de otra mujer. Temía que más adelante ella llegara a desear algo más en la relación.

Él se quitó la chaqueta y ella le dio la espalda para mostrarle los lazos y los corchetes que tenía el vestido.

—Me gusta esta pequeña abertura de aquí —dijo él. —Me encanta todo el vestido. Es sexy a pesar de que no enseña nada.

Le desabrochó el corpiño y ella sacó los brazos de las mangas.

—La lencería que llevo no es tan recatada —le advirtió ella.

—No te preocupes —sonrió él. —Puede que haya elegido no tener aventuras esporádicas, pero no soy un mojigato.

Claire dejó caer el vestido al suelo y le mostró las medias y el ligero que llevaba a juego con un sujetador de seda y unas bragas adornadas con lazos azules.

—¡Guau! —exclamó Raif, mirándola de arriba abajo antes de empezar a desabrocharse la camisa.

—No, yo lo haré —anunció Claire.

Cuando terminó de desabrocharle la camisa contempló su torso musculoso y se lo acarició. Raif se quedó cautivado por sus caricias y por

el deseo que reflejaba su mirada. Dejó caer la camisa, y se quitó los zapatos y los calcetines.

Claire se disponía a desabrocharse el sujetador cuando él le sujetó las manos.

—Quiero hacerlo yo —admitió. —Quiero desnudarte y hacer realidad todas las fantasías que he tenido durante los dos últimos meses.

Ella lo miró, tragó saliva y permaneció quieta. Sus palabras provocaron que un calor húmedo inundara su entrepierna. Raif le quitó el sujetador y la atrajo hacia sí, de espaldas. Llevó las manos a sus senos y comenzó a jugar con sus pezones.

—He soñado con hacer esto —la apoyó contra su vientre y la rozó con su miembro erecto.

—No puedo decir que yo no haya pensado en aquella noche —admitió ella.

—Fue maravillosa —comentó Raif, —pero hoy será mucho mejor.

Claire se giró y le desabrochó los pantalones para acariciarle el miembro. Él se estremeció y la besó de forma apasionada antes de arrodillarse ante ella y retirarles la ropa interior.

—Esta noche iremos despacio —le aseguró.

Desnuda, Claire se movió frente a él, demasiado consciente de su desnudez y pensando en todos los defectos que consideraba que tenía su cuerpo.

—Me parece bien ir deprisa...

—Considérate una comida gourmet —le aconsejó Raif.

—Ya... —Claire suspiró cuando él le separó los muslos y le cubrió el centro de su feminidad con la boca. No se lo esperaba. Todas las luces estaban encendidas y se sentía avergonzada. —Podemos ir a la cama...

—Parece la cama del conde Drácula.

—Dormía en un ataúd —comentó ella.

Raif se detuvo y la miró.

—¿Qué ocurre?

—Me siento un poco tímida aquí de pie... Sé que es estúpido...

Raif se levantó y la tomó en brazos para llevarla a la cama.

—Nada de lo que sientas es estúpido. Me temo que estás con un novio dispuesto a vivir todas las fantasías sexuales que ha tenido, y casi todas son sobre ti y muy recientes.

Todas las dudas de Claire se disiparon bajo las sábanas. Él se quitó los pantalones y los calzoncillos y se metió a su lado.

La miró fascinado, pensando que, por fin, tenía una familia, alguien que lo querría y a quien querer. Nunca había tenido algo así. Claire y su hijo serían suyos, y eso significaba mucho para un hombre que se había sentido solo toda su vida.

Él había querido a su madre, pero ella tenía demasiados intereses como para pasar suficiente tiempo con él. Viajes, fiestas, y aventuras con hombres inadecuados... Cuando él se hizo mayor, ella trató de convertirlo en un amigo, en lugar de tratarlo como a un hijo, y había sido muy incómodo para Raif.

—Eres preciosa, Claire —murmuró él. —Y estoy muy feliz sobre nuestro hijo. Estaré a tu lado en todo momento.

Claire lo abrazó y le acarició el cabello. Él la besó y provocó que se le acelerara el corazón. Ella arqueó el cuerpo y lo rodeó con las piernas y Raif la penetró. Al ver que ella comenzaba a moverse con rapidez, le dijo:

—Espacio

Y Claire se rio.

—Quiero hacerlo perfecto esta vez —comentó Raif, tembloroso.

Claire lo miró y le acarició los labios.

—Creo que siempre es perfecto contigo —murmuró. —No quiero ir despacio. Si empiezas a tratarme también como una inválida en la cama, te mataré.

—Ah, ¿sí?

—Sí, porque la perfección no existe cuando estamos juntos. Ser feliz es una meta mucho mejor.

Raif asintió y comenzó a moverse en su interior, provocándole sensaciones tan intensas como nunca había experimentado. Él la colocó de lado y metió la mano entre sus cuerpos para acariciar el centro de su feminidad mientras la penetraba con fuerza una vez más. Claire sintió que el mundo estallaba a su alrededor no pudo evitar gemir con fuerza.

—Oh, cielos, ¿he...?

—Sí, y muy alto, pero no hay nadie que pueda oírnos porque debajo de estos aposentos están las oficinas —le dijo Raif, abrazándola con fuerza. —No estoy seguro de merecerte.

—Eso te enseñará a no desnudarte en lugares públicos y utilizar tu cuerpo para tentar a una mujer inocente a comportarse de forma inapropiada, como diría mi padre —bromeó Claire, haciéndole cosquillas. Otra vez estaba muy serio.

Raif comenzó a reír.

—Mi padre también pensaría que nuestro comportamiento ha sido inapropiado, pero si no, no te habría tenido... Y no me arrepiento de nada —confesó. —Aunque nos haya llevado a un cúmulo de problemas

—Hacen falta dos para bailar el tango —le recordó Claire mientras retiraba la sábana. —¿Hay aire acondicionado aquí?

Raif salió de la cama y se dirigió a la puerta para dar a un interruptor.

—Siempre lo dejo apagado, lo siento.

—El calor no suele molestarme mucho. Quizá es porque estoy embarazada., o porque tengo a un chico sexy caminando desnudo por la habitación. ¡Y muy excitado! —soltó ella, y se rio al ver su expresión.

—Bueno, puesto que esta noche de boda no parece estar bajo mi control, a lo mejor puedes decirme lo que tenemos que hacer ahora —dijo él, y se metió de nuevo en la cama.

—No voy a decírtelo, voy a demostrártelo —dijo Claire, y se acercó a él para investigar cada parte de su cuerpo.

—Eso me gusta —comentó él, en un momento dado. —Uy, sí, me gusta mucho...

Se hizo de día más pronto de lo que a ninguno de los dos les habría gustado. Desayunaron en la habitación y, cuando estaban preparándose para marcharse, Stella suplicó:

—Cuando vayáis de regreso al yate, pasad la última noche aquí y cenad con nosotros.

Volaron hasta Almería y continuaron viaje en coche hasta la casa de campo. Nada más llegar, Raif le señaló el Peñón de Gibraltar y Marruecos desde la terraza.

Un bosque de pinos y robles rodeaba el jardín tropical y en lo alto de una colina se veía un castillo en ruinas.

Claire se quedó boquiabierta al ver la piscina infinita, con bar en el agua y una isla en miniatura. Después, se volvió para entrar en la casa.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —le preguntó Raif.

—Es fantástico —dijo Claire, contemplando las maravillosas vistas que tenía el salón. —¿Cómo no iba a gustarme? ¿Este lugar es tuyo?

—Es de alquiler, pero la empresa es mía. Yo rehabilité las casas de esta zona, algunas desde el principio, y otras que estaban en ruinas. Supongo que es mía, pero no la considero una de mis casas privadas.

Ella recorrió la cocina con sus persianas azules y los enormes fogones. «Una de mis casas privadas», pensó. Le entraron ganas de reír. Él le había presentado un mundo nuevo y desconcertante, lleno de riqueza y opulencia. Y ella no podía creer que iba a compartir ese estilo de vida con él. Claire continuó explorando la casa y llegó a un dormitorio impresionante con baldosines de colores en la pared y un enorme baño de mármol.

—Alguien vendrá a atendernos todos los días —comentó Raif, colocándose tras ella para abrazarla. —Sé que cocinas muy bien, pero se supone que no debes cocinar en tu luna de miel.

—¿Así es, Alteza? —bromeó ella, pegándose a su cuerpo para sentir su calor. Al instante, su cuerpo reaccionó.

—Así es —contestó él con la respiración acelerada. Se sentó en la cama y giró a Claire para que lo mirara. —No puedo esperar a estar en tu interior otra vez —la besó de forma apasionada. —Te deseo todo el rato. Cada vez que te miro, te deseo de nuevo.

Ella sonrió.

—Así que anoche no terminamos de cansarnos...

—No puedo creer que algún día llegue a cansarme de ti.

—No puedes vestir de traje durante todo el tiempo que estemos aquí —le dijo Claire. —Has venido a relajarte.

—Relajarme no se me da bien.

—A mí sí —le dijo, desabrochándole la corbata y los botones de la camisa.

Raif captó la indirecta enseguida y se puso en pie para desnudarse a toda velocidad.

Claire se quitó los zapatos y la chaqueta para sentarse en la cama, como si estuviera contemplando un estriptis.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó entusiasmada.

—Me tratas como a un objeto —se quejó Raif.

Claire sonrió.

—Pero creo que te gusta.

—Tienes razón —admitió él y se acercó para desabrocharle el vestido y besarla en el cuello.

Le sujetó los senos y le retiró el sujetador, pellizcando sus pezones con delicadeza. Después la giró y se deleitó con su cuerpo. Ella estaba preparada para él, y se arqueó, gimiendo, cuando él la penetró. Al momento, comenzó a jadear con fuerza y experimentó un intenso orgasmo que provocó que se quedara dormida al instante.

Raif zarandeó con delicadeza a Claire cuando la luz del anochecer entraba por la ventana.

—La cena estará preparada en treinta minutos.

—Cielos, ¿cuánto tiempo he dormido? —preguntó Claire, y se sentó en la cama.

—Está claro que necesitabas descansar y, quizá, yo tengo que tener más cuidado para no agotarte —murmuró él con preocupación.

—¡No pienso escuchar ese tipo de comentarios en mi luna de miel!
—Claire se tapó los oídos. —¿No estuviste conmigo en el médico? Me dijo que es normal que esté más cansada. Y que duerma más.

—Entendido —admitió Raif.

—Lo siento. Estoy un poco sensible —murmuró ella, y salió de la cama para ir al baño. Sabía que estaba sensible porque él se había casado con ella únicamente porque estaba embarazada.

Ese momento de sensibilidad se le pasó durante la cena en una de las terrazas. Puesto que Raif había estado antes en las Alpujarras, conocía los pueblos más bonitos y, al día siguiente, fueron de excursión. Él se vistió con unos vaqueros y Claire sonrió al ver que eran nuevos y que lo había hecho por ella. Lo escuchó mientras le daba explicaciones, admirando el sonido de su voz, las facciones de su rostro y sus gestos.

Sí, se estaba enamorando del hombre con el que se había casado y no había mucho que pudiera hacer al respecto. ¿Y por qué iba a querer hacer

algo al respecto? Después de todo se habían casado, y no solo para legitimar el nacimiento del bebé. No obstante, enamorarse de alguien que amaba a otra persona daba miedo, ya que sabía que el riesgo de sufrimiento era muy alto. ¿Y si Raif se aburría de ella? ¿Y si decidía que no era feliz?

Durante la siguiente semana fueron inseparables Raif no dejaba de advertirle que tenía que trabajar, pero nunca la dejaba demasiado tiempo sola y ella estaba encantada. Visitaron los pueblos blancos y las tiendas de artesanía, donde ella se compró unas coloridas alfombras hechas a mano, un par de cestas y varios artículos de cerámica. Hicieron una visita a una chocolatería artesana, y un picnic con vistas a una preciosa cascada a la que llegaron dando un paseo.

Y ella cocinó, porque él no consiguió mantenerla alejada de los fogones. Claire preparó todos los platos de cocina que le encantaban y añadió los productos locales como almendras, higos, miel y queso.

Raif hizo planes especiales para la última noche que pasarían en aquella casa. Había reservado una visita privada a la Alhambra. Al atardecer, el edificio se teñía de color rosado. Puesto que era uno de los palacios musulmanes antiguos mejor conservados, tenía especial interés para Raif, a pesar de que ya lo había visitado varias veces. Él le explicó a Claire lo que iban viendo, el sistema de riego y como en el palacio de Quristan había un sistema de canales parecido. También le tradujo los poemas que había en las paredes y después la guio hasta un jardín donde había un estanque, dos sillas y una mesa.

—¿Vamos a cenar aquí? —preguntó ella, antes de volver la cabeza para observar a un grupo flamenco que se disponía a cantar y tocar la guitarra. —Es impresionante, Raif. ¿Cuándo has organizado todo esto?

—A principios de semana. Quería que tuvieras un recuerdo especial de nuestro último día —comentó Raif mientras dos camareros les servían la cena y su equipo de seguridad esperaba en los márgenes del jardín.

—Será un precioso recuerdo para siempre —repuso Claire con los ojos humedecidos por las lágrimas. Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no levantarse a darle un abrazo en público.

Al día siguiente recogieron sus cosas para volver a Barcelona. Llegaron allí al anochecer y cenaron con Stella y Kashif. Después de la sobremesa, se fueron a dormir a la cama con dosel que tan divertida les parecía.

Alguien golpeaba la puerta y el teléfono no paraba de sonar. Claire abrió los ojos en la oscuridad y supo que era en mitad de la noche. Con sensación de que algo no iba bien, encendió la lámpara de la mesilla y despertó a Raif.

Él se incorporó y saltó de la cama para abrir la puerta, desnudo.

—¡La ropa, Raif! —exclamó ella, y corrió al baño para buscar un albornoz y lanzárselo.

Raif se cubrió con el albornoz y abrió la puerta.

Claire oía que Kashif hablaba en otro idioma. Buscó un albornoz para ella y, en ese momento, entró Raif. Estaba muy pálido y muy serio. Al ver la expresión de su rostro, ella decidió ponerse la ropa en vez del albornoz.

—Ha habido un accidente de coche en Quristan. Mi familia está involucrada. Tengo que vestirme e ir al piso de abajo. Se que Kashif me está dando la mala noticia poco a poco. Lo conozco muy bien.

—Lo siento, Raif —susurró Claire. —¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Nada, si lo que sospecho es cierto —suspiró.

Ella comprendió que él pensaba que había muerto alguien. ¿Su padre? ¿En un accidente? Se dirigió a la maleta y sacó unos pantalones y un top.

Se sentía como si el mundo se hubiera detenido de repente y ella estuviera en caída libre. Habían pasado una semana increíble. Se sentía más contenta que nunca y, de pronto, sentía que todo iba a derrumbarse antes de poder disfrutarlo.

Raif se dio una ducha rápida y se vistió con un traje oscuro. La corbata la guardó en un bolsillo.

—¿Quieres que baje contigo? —preguntó Claire.

—No, esto es cosa mía. No quiero que te disgustes por nada —le informó Raif.

—Lo decía por si querías compañía —susurró Claire.

Raif negó con la cabeza y salió por la puerta.

A Claire se le llenaron los ojos de lágrimas. Se sentía como si hubiera fallado en su primer deber como esposa. En esa situación, Raif necesitaba apoyo, pero no podía forzarlo. Además, había personas que

preferían lidiar con ese tipo de asuntos a solas. Era posible que su presencia le supusiera otro factor de estrés, porque él no olvidaría que estaba en estado y delicada, aunque ella no se sintiera así.

Diez minutos más tarde, Stella apareció en el salón contiguo a la habitación con una bandeja llena de aperitivos y té.

—Suponía que estarías despierta y nerviosa. Yo también lo estaría.

Claire sirvió el té.

—¿Sabes...?

—No, no sé quién está implicado. Lo que sí sé es que es información confidencial, recibida directamente desde el gobierno de Quristan. Cuando se trata de trabajo, Kashif es un gran profesional.

—Quería haber ido con Raif —admitió Claire.

Stella le dio una palmada en la rodilla.

—Por supuesto, pero los hombres son cabezotas y orgullosos. La mayoría no muestra su vulnerabilidad.

Treinta minutos más tarde llamaron a la puerta y Stella se marchó. Una doncella entró con una bandeja llena de café y sándwiches. Era evidente que pensaban que Raif regresaría. Claire se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro.

Al cabo de un rato, se abrió la puerta y Raif entró en silencio.

—¿Malas noticias? —susurró ella.

—Las peores —contestó él.

—Ven a sentarte —lo llamó Claire, estirando de su manga.

—No puedo. El jet está esperándome en el aeropuerto. Tengo que ir a Quristan inmediatamente para... Para los funerales —tartamudeó.

—Aun así, puedes comerte un sándwich y una bebida caliente antes de marcharte.

Él se sentó en una butaca, como si fuera un robot.

—Mis hermanos estaban atravesando las montañas. Como herederos al trono, se suponía que no debían viajar en el mismo coche, pero Kashif me ha dicho que siempre ignoraban esa norma. Se produjo una avalancha. Su coche y el coche del equipo de seguridad que iba detrás se salieron de la carretera y cayeron por un barranco. Hashir y Waleed, su conductor y los guardaespaldas, están todos muertos —comentó.

Claire se arrodilló junto a él y le dio la mano.

—Lo siento mucho —dijo, tratando de contener las lágrimas.

Raif le apretó la mano y se la soltó. Sus ojos brillaban por las lágrimas.

—No llegué a conocerlos de verdad. Durante años, cuando iba de visita, me decía que tendría tiempo para conocerlos, pero esa posibilidad ya tampoco existe.

Claire inclinó la cabeza y apoyó la frente en su rodilla. Sabía cómo se sentía Raif. Durante años, ella había creído que, cuando creciera, podría tener una relación mejor con su padre, que cuando madurara, le caería mejor a él y que la comprendería. No obstante, nunca tuvo la oportunidad porque su padre murió de forma inesperada. Sí, sabía perfectamente cómo se sentía Raif y cómo trataba de contener la emoción.

—Tengo que irme —Raif se puso en pie. —Mi padre está en Cuidados Intensivos. Sufrió un ataque al corazón cuando le informaron de la muerte de mis hermanos. Tengo que ir a verlo.

—Por supuesto —convino ella, afectada por la última noticia.

Claire tenía muchas preguntas, pero no dijo nada más que:

—¿Puedo acompañarte?

Raif se quedó helado.

—Mejor no. Podrás reunirme conmigo cuando hayan finalizado todas las formalidades, pero no tiene sentido que me acompañes ahora.

Llegaron dos doncellas para empaquetar sus cosas. Los guardaespaldas permanecían en los alrededores. Claire se acercó a Mohsin.

—No ha comido nada. Por favor, asegúrese de que coma.

—Por supuesto, Alteza.

Era la primera vez que se dirigían a ella de esa manera y Claire se quedó desconcertada. Pestañeó y regresó a la habitación para supervisar la recogida.

En muy poco tiempo, Raif se había marchado.

—Te llamaré —le había dicho abrazándola brevemente, consciente de que todo el mundo los estaba mirando.

—Será mejor que vayamos a desayunar —había dicho Stella mientras Raif se subía a la limusina y desaparecía, destrozando todos los sueños y las esperanzas de Claire.

El hombre con el que se había casado, y del que se había enamorado, se había marchado y ella nunca se había sentido más sola y abandonada en su vida.

—Está a punto de amanecer. Comamos algo y vayamos a echarnos una siesta.

De pronto, Claire se percató de que Raif se había convertido en lo más importante de su vida y eso era una verdad aterradora para una joven que había anhelado la fuerza y la independencia para manejar su propia vida.

Stella la guio hasta el comedor.

—También estás en shock —le dijo. —Come y vuelve a la cama.

—Estoy bien. Es solo que no me gusta dejar que Raif lidie a solas con todo esto —admitió Claire.

—Durante los próximos días no podrás dedicarte ni un minuto. Estará demasiado ocupado —explicó Stella. —Imagino que por eso no te ha llevado con él.

—Pensé que a lo mejor le gustaría que conociera a su padre —susurró Claire. —Entiendo que no es lo ideal, puesto que está enfermo, pero...

Stella la miraba con el ceño fruncido.

—Claire... Es improbable que el rey Jafri siga con vida mañana a estas horas. Ha tenido un ataque al corazón muy grave. Los médicos no creen que vaya a sobrevivir.

—¿Raif lo sabe?

Stella asintió.

—Debería habértelo dicho.

Claire inclinó la cabeza y bebió un poco de té.

—Es una tragedia —susurró—. Está perdiendo a todo el mundo.

—A ti no. Intenta comer. Comprendo que es difícil con tu nuevo cargo, pero necesitas mantenerte fuerte para los días que se avecinan.

«¿Qué nuevo cargo?». Claire pestañeó y miró el plato. Pensando en el bebé consiguió comer un poco de huevo y de tostada.

—El gobierno tiene miedo de que haya revueltas. El rey Jafri no era muy popular, pero sí una institución —explicó Stella. —Sin embargo, Raif sí es muy popular.

—Me dijo que no era muy importante en Quristan porque era el tercer hijo —murmuró Claire.

Kashif intervino en la conversación mientras se sentaba a la cabecera de la mesa.

—Incluso en el colegio, cuando sacaba las mejores notas, Raif era muy modesto hacia sus pocos logros. Ha recaudado millones para las asociaciones benéficas de Quristan. Ha trabajado mucho para ayudar a los pobres de nuestro país y no hay nadie que se preocupe más por su país natal. Es muy respetado en Quristan y mañana le pedirán que acepte la corona.

—¿La corona? —preguntó Claire asombrada.

—¿No lo sabías? —Stella se mostró sorprendida. —No hay nadie más que pueda ocupar el trono.

—¿Sus hermanos no tenían hijos? —susurró Claire.

—Hashir tenía hijas y Waleed no tuvo descendencia. La línea de sucesión continúa por el lado masculino.

—No tenía ni idea —admitió ella.

—No hay nadie más —le informó Stella. —Raif será el rey y tú la reina. Ninguno de los dos tenéis elección.

—Raif nunca daría la espalda a sus obligaciones —comentó Kashif. Al ver la expresión de Claire añadió. —Mañana te necesitará diez veces más de lo que te necesitaba hoy.

—Disculpadme... —Claire sintió una náusea y se levantó de prisa para dirigirse al baño de su dormitorio.

Después se miró en el espejo y vio que estaba pálida. Ninguna futura reina había tenido tan mal aspecto. ¿Rey y reina? Era como si el mundo se hubiera vuelto loco. Claire estaba asustada y temía no ser capaz de desempeñar el cargo... ¿Raif se arrepentiría de haberse casado con ella?

Capítulo 7

CLAIRE trató de relajarse en la cubierta del Mahnoor, pero no lo consiguió.

Al parecer, ya nunca podría estar sola. Un equipo de guardaespaldas había llegado al barco para reforzar al equipo de seguridad que Raif tenía designado para ella. Claire se había enterado de su nuevo estatus porque la tripulación había empezado a llamarla Alteza, y no porque su marido, el nuevo rey de Quristan, se lo hubiera anunciado.

Había salido en las noticias, así que Claire había asumido que era verdad, a pesar de que sabía que no era la adecuada para el cargo. Solo era una ayudante de cocina, ¡y se había convertido en reina únicamente porque había concebido un hijo con un príncipe!

Cuando se marchó de la embajada en Barcelona y se dirigió al puerto donde la estaba esperando el Mahnoor, se encontró con que el muelle estaba lleno de paparazis tratando de hacer fotos y gritándole preguntas. No obstante, el equipo de seguridad la subió a bordo con rapidez, pero tanta atención hacía que Claire se pusiera nerviosa.

La primera mañana, Gregoire había ido a llevarle unos huevos a la benedictina a su cama, porque sabía que eran sus favoritos. Eso había sido suficiente sorpresa, particularmente cuando él sonrió y le dio la enhorabuena por el matrimonio. El capitán Hastings también le trasladó las felicitaciones de parte de toda la tripulación. De hecho, todo el mundo parecía alegrarse por Raif y Claire, y nadie insinuaba que no fuera adecuada para el cargo como bien sabía ella. Eso la sorprendía.

Raif, sin embargo, no la había sorprendido. Se había puesto en contacto con ella dos días después de la boda para informarle de que su padre había muerto, y que solo había recuperado la consciencia brevemente mientras él permanecía a su lado.

—¡Y ahora eres el rey! —exclamó ella, en tono casi agresivo.

Y Raif había actuado como si ese pequeño detalle no tuviera importancia y ¡se había atrevido a preguntarle a ella cómo estaba! Había enterrado a tres miembros de su familia y subido al trono, ¡y él se comportaba como si fuera un día más en la oficina!

—¡No puedo ser reina! —le había advertido ella. —No estoy hecha para ese tipo de cosas.

—Tampoco yo —contestó Raif. —Pero a veces tenemos que hacer lo que tenemos que hacer y tomarnos las cosas con calma.

Raif actuaba como si todo fuera normal. ¿Cómo se suponía que una mujer como ella podía aceptar un cargo tan importante como ese en un país que nunca había visitado? ¿Y cómo podía admitir que no deseaba nada de todo aquello?

¿Raif había pensado en ello? Claire ni siquiera hablaba el idioma, o conocía la cultura, la historia, o algo que fuera útil para desempeñar el cargo. Ella había intentado decírselo, pero él no la había escuchado. De hecho, Claire sentía que se había negado a escucharla. Y Raif había zanjado la conversación diciéndole que, al día siguiente, antes de que el barco entrara en aguas británicas, un helicóptero iría a recogerla.

Claire reconocía que Raif no era tan intenso como otros hombres que ella había conocido. Cuando regresó al yate, en el camarote de Raif, encontró un rascador enorme y una cama para gatos de lujo. Circe, ya había vuelto al barco. Llevaba una escayola y un collarín para restringirle el movimiento de la cabeza, y aprovechaba todas las oportunidades para que le hicieran una caricia o le dieran un premio. Y por la noche, se acurrucaba en una cómoda cama forrada de piel. Así que Raif había pensado en las necesidades del gato, pero no en las necesidades de su esposa después de lo que le había sucedido a su familia.

Raif se bajó del helicóptero y se dirigió al lugar donde su esposa se había refugiado, una terraza contigua al camarote que apenas se usaba. Mohsin le había dicho que Claire estaba muy asustada por lo que se avecinaba y que no había salido de los aposentos desde que había embarcado.

Mucha gente le había advertido a Raif de que no debería salir del país otra vez tan pronto, y menos cuando todavía seguían de luto oficial. Él había ignorado las advertencias y consideraba que sabía muy bien lo que debía hacer. Él no era como su padre y no tenía miedo de ser diferente. Iba a sacrificar muchas cosas por ser el rey de Quristan, pero no estaba dispuesto a perder a su esposa.

Clair estaba en el camarote mirando las maletas que habían empaquetado para ella mientras estaba leyendo en la terraza. Se consideraba una cobarde. Ni siquiera le había dicho a Raif que no pensaba volar a Quristan. Le había escrito un mensaje diciéndole que todavía no estaba preparada para ir, pero no había tenido el valor de decirle que su matrimonio había terminado y que debería solicitar el divorcio cuanto antes. ¿Qué otra cosa podían hacer? Ninguno había imaginado que pudiera ocurrir una tragedia que cambiara por completo el rumbo de sus vidas.

Ella regresó a la terraza para seguir leyendo. Había encontrado varios libros en inglés y había elegido uno sobre la historia de Quristan, donde se hablaba de los constantes enfrentamientos entre tribus que había habido hasta que el padre de Raif asumió el trono. Desde entonces, se había instaurado la democracia y la paz y la prosperidad reinaban en casi todo el país.

—Claire...

Ella se giró al oír la voz de Raif. Él estaba de pie, vestido de traje y más atractivo que nunca. Al verlo, ella sintió que los pezones se le ponían turgentes y se le secaba la boca. Se acercó a él y susurró:

—Tenemos que hablar.

—Sí —convino Raif, guiándola al interior donde tendrían privacidad.

Él cerró la puerta de la terraza y se volvió muy serio. En ese momento, llamaron a la puerta del camarote y fue a abrir. Un miembro de la tripulación entró con un carro y comenzó a cargar las maletas de Claire. Ella se quedó paralizada, se mordió el labio inferior y esperó a que el empleado se marchara para decir:

—No esperaba que vinieras.

—Supongo que no —admitió Raif, esbozando una sonrisa llena de ironía.

—No cambiaré nada. No voy a volver a Quristan contigo. Estoy pensando en regresar a Londres y permitir que firmes el divorcio. Puesto que ha sido un matrimonio tan corto, no creo que cueste mucho disolverlo. Incluso podemos mentir diciendo que no hemos consumado el matrimonio y anularlo.

Raif se quedó asombrado por tanta ingenuidad, teniendo en cuenta que llevaba un hijo suyo en el vientre. Al mismo tiempo, estaba sorprendido por cómo le había cambiado el aspecto en tan pocos días. En menos de una semana y media, se había enamorado de una mujer que ni

siquiera se valoraba lo suficiente para contemplar que pudiera convertirse en reina. Lo cierto era que lo mismo le pasaba a él, y se negaba que aquello pudiera destruir su futuro juntos. Eran una pareja, y como familia debían enfrentarse y manejar todas las dificultades.

—Tienes muchas ideas originales —comentó él.

Claire colocó las manos en las caderas .

—Reconócelo... No tengo ni una pizca de reina.

—Es una opinión personal —contestó Raif, —pero yo creo que serás una reina maravillosa. Tienes los pies en la tierra, eres práctica y, normalmente, mantienes la calma bajo situaciones de estrés. Todo ello te hace perfecta para estar a mi lado.

—Eso es ridículo, Raif —le dijo. —¡Las reinas son mujeres que llevan vestidos de seda y preciosas tiaras! ¿Has visto las joyas de tu difunta madre?

Al percibir pánico en su voz, Raif soltó una carcajada.

—Claire, mi madre fue reina en otra época, durante una generación que ya no existe. Por suerte, el mundo ha cambiado y avanzado. Tú eres una mujer trabajadora con carrera, y eso es mucho más cercano para la gente. A mi madre solo se la veía en ceremonias, y eso hoy día no es deseable.

—No estoy de acuerdo —dijo Claire mientras se acercaba a la puerta de la terraza para dejar entrar a la gata.

Circe se restregó contra las piernas de Raif cariñosamente.

—Circe ha nacido para ser una gata de la realeza —comentó Raif animado. —Sabe que es una reina y quiere que la tratemos de ese modo. El principal periódico del país ha pedido permiso para hacer un cómic sobre ella. Sospecho que tiene posibilidades de hacerse mucho más famosa que cualquiera de nosotros.

—¿Un cómic? —preguntó Claire con incredulidad. —¿Y cómo saben que tengo una gata?

—Puedes culparme a mí, he contado ciertas cosas sobre ti. Que eres británica y que tienes un gato. Estoy muy orgulloso de mi esposa. Es fuerte, bella y tiene los pies en la tierra, tal y como deben tener las reinas modernas.

—Mira, no vamos a ponernos de acuerdo. Tú crees que puedo hacerlo. Yo sé que no puedo. No hay posibilidad de compromiso.

Llamaron de nuevo a la puerta. Raif agarró a Circe y salió al pasillo con ella. Claire oyó que mantenía una conversación con alguien, pero esperó a que él regresara a la habitación.

—¿Qué has hecho con mi gata?

—Está preparada para ir al palacio. No tiene ninguna duda sobre su futuro —le dijo Raif. —Esto es lo más cerca que he estado nunca del chantaje. Circe viene a Quristan, ¿vendrás tú también?

—¡Por favor, Raif...!

—¿De veras estás dispuesta a perder todo lo que tenemos?

—No es justo que me pidas eso. Estamos en unas circunstancias muy especiales. Nos hemos casado y era...

—Y ahora tenemos la oportunidad de hacer que nuestro matrimonio se convierta en algo muy especial —comentó él con decisión. —¿Estás dispuesta a abandonar sin tan siquiera intentar que funcione?

—¡Deja de hablar como si todo fuera tan sencillo! Hiciste lo mismo cuando llamaste por teléfono, actuar como si no hubiera pasado nada.

—Entre tú y yo debería ser lo mismo —dijo Raif. —Nada más debería importarnos, aparte de nosotros y nuestro hijo. Nada debería interponerse en nuestro camino.

—¡No puedo hacerlo! —exclamó ella.

—Pero abandonar sin intentarlo es de cobardes.

—Eso es un golpe bajo.

—Pero es la verdad. Si te dejo marchar, ¿te sentirás orgullosa de tu decisión o siempre te quedará la duda de cómo podía haber sido?

Claire sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Estaba furiosa con él. Le había hecho demasiadas preguntas para las que no tenía respuesta.

—Claire, sé razonable. Eres mi esposa. Llevas a mi hijo en el vientre. Yo valoro mucho lo que tenemos. Quiero que permanezcas siendo parte de mi vida.

—¡Cállate!

—Quiero que sepas que nadie me mandará callar.

—¡No puedo hacerlo! —exclamó ella entre lágrimas. —No soy ni lo bastante buena, ni lo suficientemente lista para ser reina... ¡ni siquiera por ti!

—Lo comprendo —murmuró Raif, y abrió la puerta. —Lo comprendo, pero no puedo permitir que tomes esta decisión por parte de los dos.

—¿Qué quieres decir?

—Que, a veces, el destino necesita que le den un empujón —la tomó en brazos y la colocó sobre uno de sus hombros.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Creo que te estoy secuestrando. Te agradecería si no gritaras, pero, aunque lo hagas, te seguiré secuestrando.

Ella comenzó a golpearle la espalda con los puños.

—¡Debes estar bromeando! —exclamó mientras él se dirigió escaleras arriba hacia el helipuerto.

—Nunca bromeo sobre cosas serias... Y esto es muy serio.

—¡Bájame! ¡No puedes hacer esto!

—¿Aguas internacionales? ¿Un rey? Creo que podré salir de esto — Raif se dirigió al helicóptero y la metió en el interior con mucho cuidado

Puesto que no tenía sentido discutir con tanto ruido, Claire aceptó los auriculares de protección, apretó los dientes y miró a la lejanía hasta que llegó el momento de bajar en el aeropuerto. Nada más llegar se dirigieron al jet privado que los estaba esperando y, puesto que no quería montar una escena delante de la tripulación y los guardaespaldas, subió al avión.

Se sentó en la butaca de piel y se puso el cinturón. Estaba muy enfadada porque Raif no tenía derecho a obligarla a hacer aquello. Y no le importaba si era una cobarde. Su marido la estaba secuestrando para salirse con la suya y eso era imperdonable.

Cuando los guardaespaldas salieron de la cabina y se sentaron en la parte trasera del avión para prepararse para el despegue, Raif dijo:

—¿Claire?

—No voy a hablar contigo.

—De este modo tendremos la oportunidad de ver si podemos hacer que funcione. A tu manera no tendríamos ninguna oportunidad. No puedo aceptar tal cosa.

—Hacerlo a mi manera tenía ciertas ventajas. Podría haber salido de tu vida como si nunca hubiera entrado . Si no te hubieran visto en público conmigo podríamos habernos divorciado discretamente.

—¿Cómo pretendes que lo hiciera discretamente si estarías secuestrando a mi hijo?

—¿Secuestrando?

—¿Cómo lo llamarías, si tú te vas y te llevas a mi hijo contigo?

—Por favor, ¡si todavía ni ha nacido! —exclamó Claire, y se soltó el cinturón para ponerse en pie.

Raif la miró de arriba abajo.

—Sí, y probablemente me perdería hasta su nacimiento. Las parejas divorciadas no suelen compartir dicho evento. Y perdería mucho más. No tendría libertad para viajar cuando quisiera y, puesto que supongo que querías vivir en Reino Unido, imagino que no sería más que un visitante ocasional en la vida de mi hijo. Eso es inaceptable para mí.

Claire estaba cada vez más enojada porque no había pensado en esos detalles.

—¡No estás siendo razonable! —lo acusó ella, temiendo ser ella la que no era razonable.

—¿Te das cuenta de eso después de que te haya secuestrado? —Raif se puso en pie. —No seré razonable mientras amenaces con privar a tu hijo de un padre. ¡Yo no tuve padre! Era un hombre en la distancia y nunca estuvimos unidos. Eso fue el resultado de un divorcio. ¡Divorcio solo puede ser para mí una palabra en el diccionario!

Claire estaba desconcertada por la rabia que mostraba Raif y por cómo la estaba bombardeando con hechos innegables.

—Me parecía demasiado pronto para pensar en nuestro hijo —murmuró. —Lo siento. Debería haber pensado en el efecto que tendría el divorcio sobre vuestra relación.

—También has de tener en mente que ese niño será el príncipe de Quristan desde su nacimiento. Es su derecho de nacimiento, su herencia y su camino.

Claire se puso pálida y se sentó de nuevo en la butaca. Tampoco había pensado en ese detalle y se sentía avergonzada.

Raif se sentó también.

—Estar en el palacio supondrá todo un aprendizaje para mí, Claire. Yo no crecí allí y nadie me entrenó para ese papel. Hay tradiciones extrañas que tengo que respetar, y ceremonias que no conozco. Criarme en Reino Unido, me privó de muchas cosas. Los veranos que pasaba en el desierto con mi tío abuelo no eran tan educativos como yo pensaba.

Se hizo un silencio y Claire tragó saliva. ¿Cómo podía no haber pensado en el futuro de su hijo en Quristan? Probablemente porque todo le quedaba muy lejano y desconocido. Ella era una persona que solía ver el aspecto global de las situaciones, pero se quedó afectada por la admisión que había hecho Raif acerca de que tendría que encontrar su camino en el palacio porque no se había criado de esa manera. Él estaba tratando de encajar, y probablemente se esforzaría mucho y se culparía por los errores que pudiera llegar a cometer.

Sin embargo, ella había estado dispuesta a salir huyendo a causa del pánico, dispuesta a darle la espalda a la novedad sin tener en cuenta las necesidades de su hijo, y sin darse una oportunidad.

Raif la miró de nuevo, mucho más tranquilo.

—No he sido justo contigo, pero no podía permitir que mi hijo y tú me dejarais así.

Ella asintió con los ojos humedecidos.

—No había pensado sobre todo eso. Estaba en pánico.

—Lo sé. Yo también estoy tratando de encontrar mi lugar, y tardaré un tiempo —admitió. —No obstante, la gente espera que lo consiga, y yo voy a intentar hacerlo lo mejor que pueda.

De pronto, Claire deseó agarrarle la mano para mostrarle su comprensión, pero no podía porque él estaba al otro lado del pasillo. Entrelazando las manos sobre su regazo, dijo:

—Lo intentaré, pero te advierto que puede que no sea lo bastante buena.

—Solo te pido que lo intentes. Que nos demos un tiempo para adaptarnos a estos cambios.

—Siento que tuvieras que secuestrarme —dijo muy seria. —Aunque en cierto modo lo he disfrutado...

Raif la miró un instante y soltó una carcajada.

—Por eso te quería a mi lado, Claire. No me he reído en ninguna ocasión desde la última vez que estuvimos juntos.

—No tenías nada por lo que reírte —suspiró ella.

Raif la miró con los ojos entornados. Estaba agotado. Nunca había estado tan cansado en su vida. Sin embargo, había conseguido que Claire volviera a su lado. Ella y su hijo. Una sensación de alivio empezaba a desplazar la tensión que acumulaba en su cuerpo. Su reina sensata... su reina, sensata y sexy... Esbozó una pequeña sonrisa y se quedó dormido.

La puerta del final de la cabina se abrió una pizca y apareció Circe. La gata se subió al regazo de Claire y ella la acarició. Le sirvieron un té y unos sándwiches y le dieron un montón de revistas de moda en las que no tenía ningún interés, ya que en breve tendría que empezar a utilizar ropa de premamá. Observó a Raif mientras dormía. Con el rostro relajado parecía más joven. Conseguiría superar los retos que tenía por delante... Y ella también, porque lo amaba. ¿Cómo podía haberse convencido a sí misma que sería capaz de alejarse de él?

Capítulo 8

ATERRIZARON en Kazan, la capital de Quristan y, enseguida, se subieron a un vehículo con los cristales tintados donde seguidos por un fuerte despliegue de seguridad atravesaron la ciudad. Era un lugar mucho más moderno de lo que Claire había imaginado y había varios rascacielos.

—Mi padre odiaba todos estos edificios, pero no pudo hacer nada al respecto —le dijo Raif. —No nos han recibido los periodistas en el aeropuerto porque, durante su reinado, mi padre impuso normas draconianas a los periodistas.

—¿Por qué?

—Cuando él era joven, en España tuvo un escándalo con una mujer y él culpó a la prensa por ello. Se quedó muy afectado y decidió asegurarse de que nunca volvería a pasarle algo así, ni a él ni a su familia. Se volvió muy controlador con respecto a su comportamiento. Ahora, por supuesto, el gobierno quiere que se aflojen las restricciones. De hecho, el gobierno quiere que se retire todo lo que mi padre dictó para prevenir que Quristan se acompasara al resto del mundo moderno, pero tendrán que hacerlo despacio para contentar a los tradicionalistas.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Claire.

—Estoy entre las dos posturas. Soy nuevo en todo esto y tengo que aprender a escuchar más en lugar de mandar. Es difícil. He sido mi propio jefe mucho tiempo. No obstante, puedo utilizar mi experiencia en los negocios y en el progreso, y eso es bueno.

El palacio era un edificio de piedra situado en el desierto que había detrás de la ciudad. Rodeado por una muralla muy alta, parecía más una fortaleza, hasta que el vehículo atravesó las puertas y ella vio las fuentes y los jardines.

—Parece medieval.

—Lo es, pero la segunda esposa de mi padre instaló todas las comodidades del mercado. Se parece más a un hotel que una casa. No obstante, las habitaciones de los empleados siguen siendo anticuadas y austeras y la cocina parece de hace cientos de años. Eres libre para hacer las mejoras que consideres.

—¿Yo?

—Debes saber cómo modernizar una cocina y utilizar la normativa de higiene y seguridad para hacer mejoras. Y en cuanto a nuestra futura casa, puedes consultar con los obreros que he contratado.

—¿Pensaba que esta sería nuestra futura casa?

—Los aposentos privados de mi padre deberían estar en un museo.

—¿Con la cama del conde Drácula?

Raif asintió.

—Todas las habitaciones de su ala son así. Muy recargadas y oscuras. Él no permitió que su segunda esposa cambiara nada. No quiero pasar mi tiempo libre allí, y me gustaría abrir esa parte del palacio al público, así que, mejor que se quede como está.

—¿Y dónde viviremos?

—En la zona antigua del palacio. Es un edificio enorme. Cada generación la ha ido ampliando —le explicó mientras la ayudaba a salir del coche. —El servicio está esperándonos dentro.

Dentro del palacio había una multitud. El recibidor parecía el de un hotel exclusivo y tenía todo tipo de lujo, pero ninguna personalidad. Nada que indicara que era el palacio real de Quristan. Claire saludó a unos y a otros, pero eran demasiados y sabía que tendría que aprenderse los nombres poco a poco. Shahbaz el encargado de la casa, era un hombre con cabello gris y bigote, que le resultaría fácil de recordar.

—Ven a conocer a mi tío, el príncipe Umar. Es el hermano pequeño de mi madre.

Era un hombre bajito que tenía el cabello blanco, al igual que la barba. Él la saludó y se volvió para llamar a una mujer morena y delgada que se acercó nerviosa a ellos.

—Alteza —saludó, haciendo una reverencia ante Raif.

Durante un instante, Raif se quedó helado. Después sonrió.

—Nahla, ¿cómo estás? —le dijo, antes de mirar a Claire para anunciar. —Esta es Nahla, está bajo tutela de mi tío.

—Nahla necesita un trabajo —anunció el tío. —Y he pensado que el palacio sería el lugar perfecto ahora que ella y las niñas viven conmigo.

—¿Estás viviendo con mi tío otra vez? —preguntó Raif con el ceño fruncido.

—Desde que murió mi marido. Lo siento, pensé que te habrías enterado. Aunque, claro, ha pasado mucho tiempo desde tu última visita.

—Nahla, ve a hablar con mi esposa —le ordenó Umar. —Yo se lo explicaré a Raif en privado.

Raif se acercó a saludar a alguien más y guió a Claire apoyando una mano en su espalda.

—¿Cuál es el secreto?

—No lo sé —dijo con intriga. —Conozco a Nahla desde que era adolescente. Mi tío y mi tía solo tenían una hija. Murió de forma trágica y cuando Nahla se quedó huérfana, la adoptaron porque era la mejor amiga de su hija. Se casó nada más terminar la escuela con un hombre mucho mayor. No sabía que había muerto.

—¿Y cuántas hijas tiene?

—Dos o tres. No estoy seguro. Deben estar en la escuela.

Mientras Raif hablaba con otro señor, su tío se acercó a Claire y le dijo:

—Confíaba en que Nahla pudiera trabajar para ti. Puede serte de gran ayuda. Habla tu idioma y será una buena guía.

—Por supuesto —convino Claire, sin saber qué decir. Tendría que aprender a cómo comportarse en todas las situaciones. De hecho, estaba abrumada de todo lo que tenía que aprender sobre Quristan, su gente y su nuevo papel allí.

—Gracias —dijo él, como si ella le hubiese hecho una promesa, aunque no era así.

Raif regresó a su lado y la llevó hasta un ascensor.

—Voy a enseñarte dónde vamos a vivir por ahora.

—¿Quieres decir que vamos a mudarnos más de una vez?

—Posiblemente. Depende de cuánto te guste el edificio que he elegido y si puedes soportar vivir en medio de una obra.

Claire se rio.

—¿Va a ser tan terrible?

Salieron del ascensor a una zona muy amplia.

—Esta es la entrada. Hay tres plantas de dormitorios —explicó él. — Te alegrará saber que los baños ya están instalados.

Claire asintió y sonrió. No había visto a Raif tan relajado desde hacía días. Ella permaneció en silencio mientras él le mostraba las habitaciones que estaban reformando. Y cuando se detuvo en la más grande y le dijo que ese iba a ser el dormitorio de ellos, Claire lo miró asombrada.

—¿Y por qué es tan grande?

—Porque es para los dos.

—Por supuesto que es para los dos —murmuró ella.

—Pero esa no es la norma del palacio —le explicó Raif. —Según dice Shahbaz, ningún rey ha compartido dormitorio con su esposa. En parte porque necesitarás una doncella que se ocupe de tu ropa y yo un ayudante de cámara, y para eso necesitamos dos vestidores separados. Por lo tanto, necesitamos un espacio muy grande.

Claire no podía imaginar tener a una doncella solo para cuidar su ropa, así que, asintió sin más. No podía imaginar que Raif pudiera dormir en otra habitación, ni la falta de intimidad que eso supondría. Sospechaba que el dormitorio sería el único lugar donde estarían a solas de verdad, y eso la asustaba. Él le mostró el dormitorio que estaba utilizando y ella se animó al ver que había objetos que le resultaban familiares.

Mientras pasaba la mano pensativa sobre un cepillo de madera que había sobre una cómoda, sonó el teléfono de Raif.

—He de regresar a la planta baja. Hay gente esperándome. Debería hacer el esfuerzo y hablar con ellos.

Claire lo miró a los ojos y se estremeció. Era el efecto que Raif tenía sobre ella. A veces sentía que era como si una corriente eléctrica le recorriera todo el cuerpo, activándole cada célula. Tenía los senos turgentes, y notaba húmeda la entrepierna.

Raif la miró fijamente y le dijo:

—No quiero dejarte aquí sola.

—Estaré bien —dijo Claire, consciente de que en el futuro tendría muchos momentos como esos.

—Te pediré un té —le dijo. —La habitación de al lado es un salón y esta amueblada... —se pasó la mano por el cabello. —Decirte que está amueblada es como si fuera a parecerse un consuelo.

—Raif... —Claire le acarició el cabello. —Deja de preocuparte por mí. Soy muy independiente.

—Sí, pero...

—Nada de peros. No te has casado con una mujer que necesita que estés encima de ella todo el rato. No soy incapaz.

Él se marchó y ella tragó saliva antes de entrar en la habitación de al lado. Minutos más tarde, una mujer mayor entró con una bandeja. Estaba a punto de servir el té cuando llamaron a la puerta.

—¿Sí? —preguntó Claire.

Nahla asomó la cabeza.

—Siento molestarla, Alteza. Quería pedirle disculpas por el comportamiento de mi tío.

—Por favor, entra y siéntate —sugirió Claire al ver que tenía los ojos llenos de lágrimas. —El príncipe Umar no ha dicho nada que pudiera ofenderme —comentó.

Nahla se sentó frente a ella.

—Ahora está abajo hablando con su esposo. Le contará mis desgracias y lo presionará para que me contrate como empleada del palacio. Es muy insistente. Puedo asegurarle que no espero que me contrate. No tengo ningún talento especial que ofrecer. Solo he sido esposa y madre desde que dejé el colegio. Sé poco del mundo, más allá de nuestras fronteras. Ahora soy viuda, o peor, la viuda de un hombre arruinado, y eso es una vergüenza para mis tíos.

—Y tus hijas y tú vivís con ellos —comentó Claire. —Debe de ser extraño.

Nahla se sonrojó.

—Han sido muy buenos conmigo. Por favor, créame que no me estoy quejando. Mi tío puede ser muy insistente sin quererlo y muy cabezota.

Claire le ofreció un té y la dejó hablar. Nahla había estado deprimida después de perder a su marido. También había perdido el negocio que daba sustento a su familia.

—Hablas muy bien inglés —comentó Claire.

Nahla sonrió.

—Fui a un colegio inglés hasta que murieron mis padres.

—Y hablas el idioma local y conoces la cultura. Supongo que también a gente importante —al ver que Nahla asentía, Claire continuó. — Entonces, quiero ofrecerte un trabajo, necesito a alguien que me traduzca el idioma de aquí y me explique la cultura. Raif estará demasiado ocupado para ayudarme.

A Claire le costó un poco convencer a Nahla de que podía serle de gran ayuda. La mujer tenía baja la autoestima y consideraba que no era lo suficientemente culta o tenía la experiencia para desempeñar ese papel. No obstante, a Claire le había caído bien y sabía que prefería a alguien sincero como ella y no a un refinado oficial que pudiera hacerla sentir inadecuada.

Una hora más tarde Raif regresó a sus aposentos contento por haber conseguido convencer a su tío de que no era posible contratar a Nahla en el palacio. Lo último que necesitaba era ver todos los días a la mujer de la que se había enamorado cuando era adolescente. Además, le parecía terriblemente inapropiado que trabajara para su esposa. Tiempo atrás habría hecho cualquier cosa por ayudar a Nahla, sin embargo, Claire se había convertido en su esposa y era la madre de su futuro hijo, así que, a ella le pertenecía su lealtad...

Capítulo 9

AL anochecer, Claire se sentía bastante satisfecha. Había estado muy ocupada, y le encantaba estar así. Se había llevado de maravilla con Nahla y ella había empezado a hacer su trabajo el mismo día. Claire exploró la parte del palacio que iba a ser su casa y decidió dónde quería poner algunas cosas. Por supuesto, durante la cena le comentaría todo a Raif y valoraría su reacción.

Después de tomar esas decisiones, le había pedido a Nahla que la acompañara a la cocina del palacio y el estado de aquellas estancias la horrorizó. Shahbaz, el encargado de la casa, las había acompañado y mostró su acuerdo en que aquel lugar debía de renovarse.

Nahla la ayudó a buscar una habitación con una mesa y unas sillas para que Raif y ella pudieran utilizar de comedor. Gracias a Nahla, Claire había podido decirle al cocinero qué clase de comida le gustaba comer a Raif.

Raif estaba saliendo de la ducha, envuelto en una toalla, cuando ella entró desnuda para hacer lo mismo.

—¡Qué ilusión, esposa! —exclamó él, y la estrechó entre sus brazos.

—Estoy toda sudada —se quejó ella.

—No soy tan exquisito después de tantos días sin estar contigo —admitió él.

—Yo sí —repuso ella, resistiéndose a su mirada. —Tendrás que esperar a que me sienta limpia.

Y Raif se rio. Le encantaba su sinceridad. No ocultaba nada, ningún secreto, ni manipulación.

—Esperaré —murmuró acariciándole el cabello y dándole un beso.

Ella se estremeció y se rio, antes de meterse en la ducha. Cuarenta minutos más tarde estaban sentados a la mesa del nuevo comedor.

—¿De dónde diablos la has sacado? He estado comiendo en una bandeja en mi escritorio.

—No lo habría hecho sin Nahla y no sé de dónde la ha sacado. No le he preguntado —puso cara de culpabilidad. —Oh, cielos, ¡espero que no haya otra pareja comiendo con bandejas porque les hayamos quitado sus cosas por ser el rey y la reina!

Raif no se rio, y la miró sorprendido.

—¿Nahla? ¿Qué Nahla?

—¡La conoces! La chica que está bajo la tutela de tu tío. Él insistió mucho en que le diera un trabajo.

—Ya me he ocupado de ello. No tienes que preocuparte por contratarla —le informó. —Umar puede llegar a ser muy insistente.

—Bueno, no importa —le aseguró Claire. —Nahla estaba preocupada de que se hubiera comportado de forma maleducada, y vino a disculparse y a explicarme que no esperaba que yo le diera trabajo.

—Eso está bien —Raif se relajó una pizca cuando le sirvieron el primer plato. —Trabajar como tu ayudante se considerará un trabajo de lujo en el palacio. Será mejor que ese puesto no se lo lleve la chica tutelada de mi tío. Podría parecer nepotismo.

Claire puso una mueca.

—Oh, cielos... La he contratado directamente...

—¿Qué has hecho? —preguntó Raif en un tono que ella nunca había oído antes. Era una mezcla de enfado e incredulidad, y sus ojos brillaban con furia.

—Lo siento, Raif si no das tu aprobación. Debería haberte consultado primero. Ahora me doy cuenta, pero en ese momento me cayó bien y parece ser una buena persona.

Raif estaba muy tenso.

—Nunca he oído decir nada malo de ella y, sin duda, está pasando un mal momento. Mi tío me ha contado que su difunto marido se arruinó y todo eso. Muchos amigos de mi tío perdieron dinero cuando el negocio fracasó, y es difícil para ellos acoger a Nahla y a sus hijas en su casa.

—¡Pero no es culpa suya! —exclamó Claire.

—Por supuesto que no —convino él. —Y su sentimiento de vergüenza desaparecerá con el tiempo, pero Umar no tiene paciencia y es consciente de que trabajar en el palacio devolverá la reputación de Nahla.

—¿Es cierto eso? —sonrió Claire. —Entonces, me alegro de haberla contratado. Me cae muy bien, Raif.

Raif apretó los dientes con una sonrisa.

—Sí, ya he captado el mensaje.

—Entonces, ¿está bien? ¿Aunque haya gente que pueda pensar que es nepotismo?

—Tendrá que ser así —admitió él, mientras empezaba a comer. —No puedes echarme atrás en tu palabra.

—Es como tener una amiga. Echo de menos a Lottie, así que, es muy agradable sentir que tengo una amiga aquí, donde todo es diferente.

—Cuando estemos instalados, cuando no tengamos que pedir una mesa prestada, podrás invitar a Lottie y a su familia. En cuanto tengamos más habitaciones disponibles para su uso.

La sonrisa de Claire fue como una recompensa. A Claire le gustaba Nahla y, en esos momentos, era mejor guardar su secreto que contar la verdad, teniendo en cuenta que Claire le había advertido que no quería saber el nombre de la mujer que él amaba. Quizá fuera lo mejor. Quizá así consiguiera olvidar lo que había sentido por aquella mujer. Sinceramente, no quería contarle a Claire su secreto, y menos si iba a disgustarla. La idea de herir a Claire de cualquier modo le desagradaba mucho.

—Esta tarde exploré esta parte del palacio y tengo algunas ideas.

Claire quería una cocina pequeña para su uso propio y Raif estuvo a punto de reír cuando ella le preguntó si sería posible.

—Todo lo que desees es posible —le aseguró. —Este lugar debe ser tu hogar para que estés contenta.

—Y he elegido una habitación para el bebé, justo enfrente del que será nuestro dormitorio —le advirtió él. —Quiero elegir la decoración.

Raif sonrió.

—A mí también me gustaría contribuir con ideas.

—Bueno, no quiero que todo sea de color azul porque sea un chico. Eso es un poco anticuado.

—Mi padre se puso muy contento cuando le dije que íbamos a tener un niño —le informó Raif. —A pesar de nuestras diferencias, quería que él tuviera consuelo en sus últimos momentos. Saber que la sucesión al trono estaba asegurada significaba mucho para él. Ese fue el único motivo por el que le conté que estabas embarazada.

Claire se quedó muy desconcertada con aquella confesión.

—Entonces, conseguiste hablar con él antes de...

—Sí, y me enteré de algunas cosas que me alegraron...

—A Hashir le obligaron a divorciarse porque no consiguió tener un heredero. Su exesposa e hijas se habían mudado fuera del palacio antes de su muerte. Le he pedido que venga a visitarnos cuando esté instalada en su nueva casa en Kazan. Me gustaría conocer a mis sobrinas.

—¿Y qué ha pasado con la viuda de Waleed? —preguntó Claire.

—Ha regresado con su familia. Me da que no era un matrimonio muy feliz, pero en este caso mi padre no quería que se divorcieran porque Waleed quizá podía darle a Hashir un heredero. Escuchar a mi padre intentando darme una lección sobre cómo seguir sus pasos me enseñó algo importante. Yo creía que mis hermanos habían tenido una relación con él mejor que yo. Ahora me doy cuenta de que fui afortunado porque se olvidó de mí y pude vivir mi vida sin su destructiva interferencia. Al menos mi padre admitió que se había arrepentido de divorciarse de mi madre y de no haber hecho ningún esfuerzo por conocerme. Él explicó que se sentía muy culpable por haber hecho daño a mi madre y que para él resultó más sencillo evitar todo contacto con nosotros. Después me animó a apostar por nuestro matrimonio y a que no permitiera que me distrajera otra mujer cuando llegue a mediana edad. Supongo que eso es lo que pasó con el matrimonio de mis padres. Él se sintió atraído por otra mujer y se divorció de mi madre para poder casarse con ella, pero el segundo matrimonio apenas duró dos años antes de que él se divorciara también.

—Bueno, al menos reflexionó sobre lo que hizo mal y lo que no funcionó y, si hubiera vivido más tiempo, probablemente habría tratado de reparar el daño que te hizo —comentó Claire.

—Hablamos durante horas. Fue una reunión agotadora, pero ahora comprendo mejor mi pasado.

Claire se percató de que Raif se iba relajando después de un día estresante. Lo observó en silencio, contemplando su boca sensual y sus

rasgos marcados. Al mirarlo a los ojos, ella sintió un intenso calor en la entrepierna.

—Te deseo —admitió él.

Claire se levantó de la silla, y justo cuando él se disponía a recibirla, entraron a servirles el café. Él se rio y dijo algo a Shahbaz en su idioma. Después le dio la mano a Claire y la guio por el pasillo hasta su dormitorio. Ella se sonrojó.

—¿Qué pensará de nosotros? —murmuró.

—Que somos una pareja normal —dijo Raif, apoyándose contra la puerta y besándola de forma apasionada. —Y que este es un momento especial que llevo esperando todo el día. Por fin, tú y yo solos.

Claire se estremeció. Nadie la había deseado como él la deseaba. Durante toda la vida había anhelado ser importante para alguien y, durante un corto tiempo, lo había sentido con su madre, pero nunca con alguien que ella amara. Que Raif tuviera tiempo para echarla de menos y desearla, le daba una poderosa sensación de bienestar y seguridad.

Ella le retiró la chaqueta de los hombros y la dejó caer al suelo. Él se quitó la corbata mientras la besaba, haciéndola temblar de anticipación.

Él la giró para desabrocharle el vestido y deslizárselo por los hombros, deteniéndose para besar su piel suave antes de quitárselo del todo.

Antes de llevarla a la cama, colocó la mano sobre su vientre ligeramente abultado y dijo:

—Nuestro hijo empieza a estar presente. Es increíblemente sexy.

—¿Sexy? —repitió ella. —¿Cómo puede ser sexy?

—El bebé que llevas en el vientre es nuestro, y eso me hace sentir orgulloso.

Él hablaba con sinceridad y ella lo creyó. Claire sonrió y se quitó los zapatos. Él se desnudó y, durante un instante, se detuvo para contemplar su lencería de encaje y se alegró de haberla encontrado y de que le hubiera dado tantas cosas.

Claire se excitó cuando él se colocó a su lado como un gato salvaje. Le encantaba el aroma de su piel, su manera de moverse, el tacto de su piel. Raif le retiró el sujetador y la ropa interior e inclinó la cabeza para jugar con la lengua sobre sus pezones hasta que ella arqueó la espalda y gimió.

—¿Es demasiado?

Claire le acarició el cabello.

—No es suficiente —le dijo, atrayéndolo de nuevo hacia sí.

El corazón le latía deprisa y ardía de deseo. Estaba preparada para él y cuando comenzó a acariciarle la entrepierna, al mismo tiempo que jugueteaba con sus pezones, ella alcanzó el orgasmo. Gimió con fuerza al mismo tiempo que convulsionaba y liberó toda la tensión que acumulaba.

—Y eso que no he hecho más que empezar, aziz —comentó Raif.

—¿Eso es una queja? —susurró ella.

—Claro que no. Gracias a ti estoy todavía más excitado —confesó, besándola en la boca antes de darle la vuelta y colocarla de rodillas.

A Claire se le cortó la respiración cuando él la penetró. Mientras lo acomodaba en el interior de su cuerpo, su corazón empezó a latir de nuevo con fuerza. Con cada empujón, el placer se hacía cada vez más intenso. Era como si su cuerpo estuviera flotando camino del sol y se quemara con un rayo de éxtasis, tan intenso que se dejó caer sobre la cama y prometió que no volvería a moverse.

Raif se colocó a su lado tras un gemido.

—Eres maravillosa —murmuró, mientras le acariciaba el cabello. — Estás muy callada. ¿En qué estás pensando?

—En lo que dijiste acerca de que viste a tu padre con otros ojos después de conversar con él —suspiró ella. —Creo que ha sido porque ahora eres adulto. A mí me pasó lo mismo con mi madre, mi padre y mi madrastra.

Incorporándose, Raif la miró frunciendo el ceño.

—¿Cómo?

—Mi madre me contó cómo había conocido a mi padre. Ella perdió a sus padres en un accidente de coche y se metió en la iglesia en busca de apoyo. Mi padre se convirtió en ese apoyo y le aconsejó sobre todo lo relacionado con el dinero de sus padres y esas cosas. Entretanto, él se enamoró de ella —explicó. —Hasta que no conocí a mi madre, no supe que mi madrastra, Sarah, ya estaba en la escena y formaba parte de la congregación. Para entonces ya estaba enamorada de mi padre. Después, Sarah tuvo que retirarse para ver cómo él se enamoraba de mi madre, algo que debió ser muy doloroso.

—Estás diciendo que tu madre se interpuso entre ellos.

—Sí, creo que él se habría casado con Sarah si mi madre no hubiese aparecido, y cuando por fin se casó con ella, debió sentirse la segunda opción, aunque no fuera así. Imagino que tampoco ayudó tener que criar a la hija de su rival. Y no estoy segura de si yo he sido justa con ella. Nunca me trató mal, simplemente no me mostraba el mismo afecto que a su propio hijo.

—Quieres decir que ella lo hizo lo mejor que pudo, pero que no fue capaz de fingir el afecto que no sentía por ti.

—Tú nunca has mencionado a tu madre. ¿Por qué?

—No me gusta hablar de ella. Me parece ser desleal.

Raif volvió la cabeza y se puso tenso.

Se hizo un silencio y Claire se preguntó qué era lo que él ocultaba y no quería contarle.

—¿Cómo voy a comprar ropa de premamá si el palacio está de luto? Me parece un poco frívolo ir de compras en un momento como este —suspiró Claire, dispuesta a cambiar de tema. —¿Y dónde puedo comprar patatas con sal y vinagre? Si tuviera mi pequeña cocina, podría hacerme mis propios aperitivos.

—Los vendedores vendrán aquí. Yo lo organizaré —dijo Raif. —Y Shahbaz te encontrará las patatas.

—Estoy haciendo una montaña de un grano de arena —sonrió Claire. —A veces lo hago.

Dos meses y medio más tarde, Claire sonrió al ver que Raif sonreía ante las cámaras subido a una enorme excavadora amarilla.

Por fin habían empezado a abrir la tierra en Rabalissa, el primer paso para la creación del nuevo puerto que construirían en el mar de Arabia. Era un evento importante y el lugar estaba lleno de políticos, líderes tribales y periodistas. Claire estaba vestida con unos pantalones holgados y una túnica blanca que solo mostraba una pizca su embarazo.

Una vez que había acabado el periodo de luto en el palacio, sus vidas habían cambiado por completo. Raif estaba fuera la mayor parte de los días, reuniéndose y recibiendo gente. Quristan empezaba a acostumbrarse a la idea de tener un rey joven en el trono. Su padre había gobernado durante mucho tiempo y apenas se le había visto en público. Únicamente en días festivos y ceremonias especiales. Raif era mucho más accesible y eso

gustaba a las nuevas generaciones. Allí, en Rabalissa, donde su madre había reinado antes de casarse con el rey difunto, Raif se encontraba muy cómodo supervisando los primeros pasos del enorme proyecto que había iniciado.

Hacía calor... mucho calor, y la túnica se le estaba quedando pegada a la piel húmeda. Por ese motivo, cuando Raif regresó a su lado y la llevó hasta el edificio que habían preparado para recibir a los dignatarios y que tenía aire acondicionado, se sintió aliviada. Mohsin le llevó un vaso de agua con hielo y permaneció con ella haciendo de intérprete para que pudiera conversar con las personas que pasaban por allí. Nahla no había podido acompañarla porque debía permanecer con sus hijas.

Raif había intentado convencer a Claire de que no lo acompañara, pero el médico le había dicho que podía viajar y ella prefería no separarse de su marido. El viaje había sido agotador y estaba muy cansada, pero a Claire le gustaba la vida que llevaba con Raif y no quería poner el embarazo como excusa. Además, la gente sentía curiosidad hacia ellos y Claire prefería mostrarse que permanecer oculta.

En el palacio, una vez que habían terminado las obras de su zona, los días tenían siempre la misma rutina. Lo primero que hacían era ir al gimnasio, aunque ella hacía ejercicio suave. Después, preparaba la comida en la nueva cocina y Raif siempre trataba de ir a comer con ella. La cena, el desayuno y las meriendas las cocinaba el chef del palacio y, cuando estaba agotada, Claire lo agradecía.

Lottie y Rob, su marido, habían ido a quedarse un fin de semana con sus tres hijos. Claire disfrutó de la visita, sobre todo cuando Raif los llevó a ver las vistas. A su mejor amiga le encantó ver cómo Raif trataba a Claire.

—Está loco por ti —le había dicho. —Si se lo pidieras, ¡movería una montaña con sus propias manos!

Claire sonrió y no dijo nada. No importaba lo que sintiera Raif, él era muy amable y considerado, y ocultaba sus sentimientos más profundos. A veces, ella se preguntaba si pensaba en la otra mujer que amaba en silencio a menudo, pero era mejor no saberlo. Lo que no supiera, no le haría daño.

Claire había escrito a su madrastra y la había invitado para que fuera a visitarlos con Tom, su hermanastro. Sarah le había contestado que estaba cuidando de su anciana madre y que no podía dejarla sola, y que Tom estaba trabajando durante el verano. Tom le había prometido que iría a visitarla un fin de semana durante el curso. Claire había prometido llamarlos cuando fuera a Londres, pero que no sabía cuándo sería porque

no le apetecía mucho viajar por el embarazo, y menos si eso suponía alejarse de Raif.

Raif miró a su esposa desde la distancia y un montón de recuerdos invadieron su cabeza. Claire bailando con auriculares en la cocina mientras preparaba la comida. Claire riéndose a carcajadas cuando él le hacía cosquillas, y cómo habían acabado con una increíble sesión en el dormitorio. Claire sonriendo cuando alguien le preguntaba por Circe, que se había convertido en la protagonista de un cómic. Claire riéndose con las bromas de Mohsin, un hombre que jamás había compartido una broma con Raif. Uno de los talentos de Claire era su habilidad para conseguir que la gente se relajara y se sintiera acogida. Él se maravillaba al pensar que había encontrado la mujer perfecta.

—Es hora de marcharnos —susurró Raif mientras la sujetaba por la cintura. —Estás pálida y pareces muy cansada.

—Estoy cansada. Voy a echarme una siesta en cuanto llegemos a la antigua casa de tu madre.

—Te gustará. No es muy lujosa, pero es cómoda. He vivido allí durante semanas cuando trabajaba en este proyecto.

Era un viejo castillo en una colina sobre la costa, con vistas al mar y a una playa de arena blanca.

—¿Es tuya? —preguntó Claire cuando el coche se detuvo en la entrada.

—Técnicamente sí. La heredé de mi madre y ella de su padre, pero cuando Rabalissa se unió con Quristan, todo lo de aquí pasó a pertenecer al trono de Quristan. Mi padre no la usaba y mi madre no volvió después de casarse. Incluso de niña, odiaba este lugar porque era inaccesible. Eso cambiará en cuanto terminen de construir la autopista.

Entraron en el castillo y en un recibidor que estaba lleno de cosas de pesca, cestas, sombrillas y muchas fotos en las paredes.

—¿Sabes quiénes son estas personas?

—Algunas, pero Umar sabrá quiénes son todas. Esta también fue la casa de su infancia —le recordó.

—Enséñame a tu madre.

Él le enseñó a una niña con vestido.

—Era muy guapa.

—La primogénita, la futura reina de Rabalissa —suspiró. —Vamos al piso de arriba y así podrás acostarte.

En la pared del dormitorio había una foto de una mujer morena muy guapa, vestida de forma glamurosa.

—¿Es tu madre? —preguntó Claire mientras se quitaba los zapatos. —Era espectacular, ¿no?

Mientras Claire se quitaba la ropa, notó que Raif se puso tenso.

—¿Por qué sientes tanta curiosidad por ella?

—Porque no hablas de ella —contestó. —¿Por qué? Eso es lo que me pregunto. Soy humana.

Raif se acercó a la ventana.

—Porque mi madre es una fuente de sentimientos de vergüenza para mí —admitió. —Hablar de ella me resulta difícil.

Claire buscó en la maleta algo ligero para ponerse.

—¿Y por qué?

—Su comportamiento en Londres, cuando se convirtió en la exesposa de mi padre, provocó muchos escándalos y destruyó su reputación. Se volvió alcohólica, pero también promiscua. Se acostaba con cualquier hombre, incluso aunque estuviera casado. Mis hermanos se negaron a que los asociaran con ella y dejaron de visitarla. Yo tenía doce años cuando mi padre me dijo que podía regresar al palacio a vivir con él.

Claire se quedó sorprendida.

—Oh, cielos —susurró.

—Creo que mi padre nunca me perdonó que yo me negara a abandonarla. Se lo tomó como un rechazo personal, pero ¿cómo podía dejarla? Solo me tenía a mí. ¿Cómo podía abandonarla yo también? Yo evitaba muchas de sus aventuras gracias a que estaba en un colegio interno. Aún así, vi cosas que no debería haber visto de adolescente. La quería. Y la quise hasta la muerte cuando su hígado comenzó a fallar por culpa del alcohol.

Claire negó con la cabeza y sintió lástima por él y por el dolor que ya no trataba de ocultar.

—No la juzgues por lo que te he contado —le pidió Raif. —Era muy infeliz. Tenía riqueza, belleza, pero no valoraba nada. Su depresión la llevó a la adicción al alcohol y a los hombres.

—Lo siento, Raif —murmuró Claire. —Gracias por contármelo. Creo que ahora te comprendo un poco mejor. ¿Por eso seguías siendo virgen cuando nos conocimos?

Él asintió en silencio.

—Para mí, el sexo tenía que ser algo más... No simplemente algo físico... y al asociarlo con el estilo de vida de mi madre me repelía.

—Espero que nosotros seamos algo más —susurró ella.

—¿Cómo puedes dudar de ello? —preguntó Raif, y se sentó en la cama con ella para ayudarla a quitarse las prendas de lencería. La ayudó a ponerse el camisón como si fuera una niña a la que tuviera que vestir.

Él le agarró la mano.

—Ahora, duerme. Te despertaré a tiempo para la cena.

Claire se tumbó sobre el cómodo colchón y, cuando se cerró la puerta, recordó lo que quería hablar con Raif. No habría sido un buen momento para sacar el tema. Hablar sobre su madre lo había disgustado. Ella esperaba otra oportunidad para pedirle si sería posible que Nahla se mudara a uno de los apartamentos del palacio. Raif se comportaba de manera un poco distante con su asistente. Era cierto que apenas se veían, pero con el resto de empleados se mostraba relajado. Sin embargo, con Nahla se mostraba reservado y distante. Ella empezaba a preguntarse si no le gustaba por algún motivo. ¿Y por qué no se lo decía sin más?

—¿Y cómo era él entonces? —le había preguntado Claire a Nahla, unas semanas antes.

—Serio y callado. Siempre estaba leyendo. También era varios años más joven, así que no pasábamos mucho tiempo juntos —había admitido Nahla entre risas. —Para entonces, yo ya me estaba enamorando de Yusuf. Y no estaba interesada en adolescentes, aunque él fuera un príncipe atractivo.

Al día siguiente, después de una visita al lugar de construcción y de comer, Claire y Raif regresaron al palacio en vehículos separados. El accidente que había causado la muerte de ambos hermanos de Raif había confirmado los riesgos que había que evitar. La pareja había acordado que hasta que Claire diera a luz al heredero del trono, tendrían extremo cuidado. Por desgracia, eso significaba largos viajes solitarios en los que Claire dormía la mayor parte del trayecto.

Era temprano por la noche cuando Claire llegó al palacio. Circe fue la primera en salir a recibirla. Ya le habían retirado la escayola y solo llevaba un collar con pedrería con su nombre, acorde a su nuevo estatus como protagonista de un cómic de sátira política.

Lo primero que deseaba hacer Claire era darse una ducha. Después se puso un vestido amarillo y esperó a terminar de cenar y de tomar café en el salón para decirle a Raif:

—Hay algo que quería comentarte, pero no estaba segura de cómo sacar el tema.

—No deberías sentir que hay algún tema que no puedas comentar conmigo —repuso Raif, sorprendido.

—Bueno... —Claire suspiró. —Me he dado cuenta de que no te sientes muy cómodo con Nahla.

—Apenas la conozco —comentó él. —La respeto y agradezco que a ti te sea útil.

—Entonces, ¿podemos ofrecerle la oportunidad de salir de casa de tu tío y mudarse en el palacio con las niñas? —se apresuró a preguntar Claire.

—No —contestó Raif.

Claire se sonrojó.

—¿No? ¿Sin más?

—Sí, simplemente no —confirmó Raif, y apretó los labios.

—¿Y por qué no? —preguntó Claire asombrada.

—Hay que reformar las habitaciones para empleados del palacio y hasta que la obra no esté terminada no podemos meter a nadie. Sin embargo, yo estoy dispuesto a ofrecerle alojamiento en Kazan, donde he comprado una propiedad para alojar a los empleados —comentó en tono brusco. —He de añadir que creo que sería inapropiado que desarrolles una buena amistad con Nahla.

Claire se quedó sorprendida.

—¿Y por qué dices eso? ¿De pronto he de convertirme en una esnob y solo relacionarme con personas importantes?

—¡No seas ridícula! —le dijo Raif, dejando a un lado el café sin probarlo y poniéndose en pie con impaciencia. —No es eso lo que estoy diciendo. Has de aprender a respetar los límites que debemos guardar. Así es nuestra vida ahora.

—No te cae bien. Eso es lo que pasa —decidió Claire. Se puso en pie, sorprendida por su intransigencia.

—Eso no es cierto. Tengo buena opinión sobre Nahla... Te ha ayudado mucho y está pendiente de ti en todo momento...

Claire enderezó la espalda. Estaban al borde de una discusión y no comprendía cómo había avanzado tan deprisa.

—Entonces, ¿qué problema tienes con ella?

Raif la miró a los ojos.

—Ninguno. No tengo ningún problema.

—¡Parece que sí!

—No seas testaruda —comentó Raif. —De vez en cuando tendré que darte consejos que no te gusten, y esta es una de esas ocasiones.

—No me parece suficiente —le dijo Claire, enojada. —Quiero una respuesta. Quiero saber por qué no te gusta que Nahla esté cerca de nosotros.

Raif la miró y se fijó en el brillo de sus ojos azules y en el rostro que lo había cautivado desde un principio. Respiró hondo, deseando poder contarle la verdad, pero convencido de que solo le generaría estrés y problemas para gestionarlo.

—No puedo decírtelo —comentó él, con brusquedad.

—¿Y este es el mismo hombre que me ha dicho que puedo decirle lo que sea? —respondió Claire. —¡Qué pena que no funcione para los dos!

Raif blasfemó en silencio.

—Decírtelo supondría romper una promesa que te hice antes de casarnos —contestó él. —No sé qué hacer. No sé qué es lo mejor. Dímelo tú.

Claire no tenía ni idea de a qué se refería. Pestañeó y respiró hondo para tratar de despejar su cabeza.

—Raif...

—Nahla es la mujer de que la yo creí estar enamorado durante años —comentó él en voz baja, se notaba que le resultaba muy difícil admitirlo, por la tensión que mostraba en su rostro.

Capítulo 10

CLAIRE lo miró durante unos segundos. Era incapaz de respirar. Se puso pálida. Se mareó. Y se sintió terriblemente estúpida.

¿Cómo diablos había podido estar tan ciega? ¿Cómo había olvidado la promesa que le había pedido que hiciera antes de su matrimonio? Ella le había dicho que no le dijera el nombre de la mujer que amaba, y Raif había tratado de cumplir su promesa hasta que ella insistió en que le diera respuestas. Sin decir palabra, salió de la habitación y aceleró el paso cuando Raif la llamó.

Corrió escaleras abajo hasta el recibidor. ¿Y a dónde se dirigía? ¿Y para qué le serviría? No podía escapar de aquella verdad. Una vez conocida, no había manera de evitarla, ni de negarla. ¿Y qué podía haberle dicho a Raif en respuesta de esa explicación?

Ella había acercado a Nahla de nuevo a Raif. Había luchado por emplear a Nahla, la mujer que le había caído muy bien nada más conocerla. Nahla era tranquila, discreta, eficiente y dedicada. También muy bella y delicada. Raif había tratado de convencerla para que no la contratara y ella lo había ignorado, igual que había ignorado el hecho de que él parecía incómodo cuando estaba cerca de la otra mujer. Nunca se le ocurrió sospechar que había algo importante tras su negativa a contratar a Nahla.

Desde el recibidor, salió a los jardines privados. Las palmeras rodeaban una fuente donde el agua caía en un estanque. Había flores tropicales en cada esquina. Ella se acercó al agua y trató de recuperar la compostura. Circe apareció entre las plantas y ella se agachó para acariciarla.

Antes de casarse con Raif, se había convencido de que no pensaría en el hecho de que él amara a otra mujer. Entonces, ¿qué estaba haciendo? No tenía respuesta. Tragó saliva. Nahla no sabía nada acerca de los sentimientos de Raif, y nunca se había fijado en él porque era mucho más

joven y ella estaba enamorada del hombre con el que se había casado... Y al que había perdido.

De pronto, Claire pensó que Nahla estaba viuda y disponible, pero Raif no se habían enterado de ese dato hasta que llegó a Quristan y, para entonces, ya estaba casado con ella.

¿Pensaría que el destino había hecho que perdiera la oportunidad de tener una relación con la mujer que amaba? Claire sintió un nudo en el estómago. Nada podía cambiar. Ella estaba embarazada, y era la madre del futuro príncipe. Raif tenía que mantenerla como esposa quisiera o no. En ese momento, ninguno de los dos tenía libertad para hacer otra elección, así que, tendría que superar el efecto emocional que había tenido aquella confesión.

Sin duda, no podía culpar a Raif por buscar la compañía de Nahla. Raif había tratado de evitarla a toda costa. No, Raif no la engañaría. Raif era demasiado sincero y escrupuloso para comportarse así.

—Claire... —murmuró Raif.

«La mujer de la que creí que estaba enamorado durante años», su explicación resonó en la cabeza de Claire. Sus palabras le habían hecho daño y la habían sacado de su zona de confort. Y eso era lo terrible. Raif era su zona de confort. Desde el primer día, él la había hecho feliz, tanto que a veces le parecía increíble. ¿Cómo no había sido capaz de imaginar que algún día la verdad acabaría por afectarla?

—Claire... —repitió Raif, mientras bajaba las escaleras al jardín. — Por mucho que prefiera evitar mencionar ese nombre otra vez, tenemos que hablar de ello.

Claire evitó mirarlo directamente.

—No se me ocurre mucho que decir.

—¿Has oído lo que dije? —preguntó Raif. —Dije que era la mujer de la que creí estar enamorado. No era amor, Claire. Era un amor adolescente, y yo pensé que era amor de verdad. Y eso me ayudó a integrarme mejor entre mis compañeros. Puede que no me dedicara a perseguir chicas con ellos, pero al menos parecía que me interesaban.

Clair no estaba escuchando con atención.

—Es muy bella —admitió. —Cálida y amable. De adolescente, tenías buen gusto.

—Por desgracia para mí, decidí que estaba enamorado antes de comprender lo que era el amor. Era un romántico. Un idealista —suspiró. —Ella era una mujer que estaba fuera de mi alcance... Casi un miembro de mi familia... Eso hacía que fuera seguro para mis sentimientos. Ella estaba enamorada de otro hombre e iba a casarse. No había ni la más mínima posibilidad de que tuviéramos una relación romántica.

Claire frunció el ceño y lo miró.

—Estás diciendo que no era amor de verdad.

—Parecía real para mí, porque no tenía otra mujer en la que pensar y, siendo sincero, tal y como vivía antes de conocerte, eso era suficiente para mí. Amar desde la distancia me daba otro motivo para rechazar el sexo casual y las relaciones. Cielos, Claire... ¿Sabes lo tonto que me siento tratando de explicarte todo esto?

Claire lo miró y dijo:

—¿Por qué te sientes tonto?

—¡Porque fui idiota al pensar que un enamoramiento adolescente era amor eterno! A pesar de que nunca intenté acercarme a ella o verla más, no comprendía mis propios sentimientos como para darme cuenta de que no era más que un sueño adolescente. Debería haber visto la diferencia.

—Regresemos arriba —dijo Claire, temiendo que alguien pudiera oírlos. Ya había visto que una doncella los miraba preguntándose si debía ofrecerles algo para beber.

Claire subió la escalera detrás de Circe y trató de comprender lo que Raif quería decirle. ¿Que no amaba a Nahla? ¿Era eso? ¿O es que ella estaba oyendo lo que quería oír?

Una vez dentro se dirigió al salón. Circe se subió a un sofá y se acurrucó.

—Siento haberme marchado así.

—Sigues sin escucharme —dijo Raif muy serio.

—Estabas diciéndome que no era amor —respondió ella. —¿Cuándo decidiste tal cosa?

—Al mismo tiempo que me di cuenta de que estaba enamorado de mi esposa. Eso me hizo darme cuenta de la realidad. No obstante, ya había metido la pata contándote que estaba enamorado de otra mujer —suspiró.

Claire pestañeó, incapaz de creer lo que había oído.

—¿De qué estás hablando? No hacemos más que darle vueltas y me estoy confundiendo.

—No me crees, y por eso no he intentado decírtelo antes. Lo he hecho todo al revés.

¿Se había dado cuenta de que estaba enamorado de su esposa? ¡Pero si esa era ella! Claire lo miró a los ojos fijamente. No podía querer decir eso, ¡no podía ser cierto!

—¿Y cuándo te diste cuenta de que quizá me amabas? —preguntó ella nerviosa.

—Hace semanas, pero debería haber reconocido lo que sentía antes. Desde el momento en que te conocí, ¡no podía dejar de pensar en ti! Desde ese día, me consumían tus recuerdos. ¿No te diste cuenta de que mi manera de comportarme contigo no era normal? Yo era el último hombre del mundo que hubiera tenido una aventura de una noche con una mujer. Pero tú derribaste mis defensas. Fue como si me hechizaras, porque después, ya nada importaba.

—Después te marchaste —dijo Claire.

—Y sufrí durante semanas en un yate, como si fuera un adolescente —se quejó Raif. —Pensaba que no tenía nada que ofrecerte porque todavía creía que amaba a Nahla y no quería arrastrarte en una aventura que no llegaría a ningún sitio.

—¿Sufriste?

—Sufrí. Te echaba de menos y no quería escribirte. Traté de convencerme de que lo mejor que podía ofrecerte era romper sin más.

—Oh, gracias.

—Merecías algo mejor y yo lo sabía —repuso Raif.

—Entonces, descubriste que yo estaba en el yate.

—Eso fue una sorpresa. Llevaba semanas pensando en ti y estabas a mi alcance... Sin embargo, me alegro de que no lo supiera, porque no habría podido tener una relación mientras trabajaras para mí.

—Yo me pasé todo el viaje preocupada por si estaba embarazada.

—Siento de verdad que tuvieras que pasar esas semanas de angustia sin mi apoyo —le brillaban los ojos. —Déjame que te diga esto solo una vez... Nuestro hijo es un regalo y una bendición. Somos afortunados.

Claire sabía que hablaba de verdad y se le humedecieron los ojos. Raif le demostraba todos los días que estaba comprometido con ella y su hijo, y miraba las ecografías con detenimiento y fascinación. Tampoco había faltado a ninguna revisión. El médico iba todas las semanas a ver a Claire al palacio.

—¿No te arrepientes del bebé ni del momento?

—Lo más importante que ha hecho nuestro hijo es traerte de nuevo a mi lado —comentó Raif con una gran sonrisa. —Me has puesto la vida patas arriba.

—Bueno... —Claire se acercó y le dio la mano. —Me has dado un palacio donde vivir, una cocina moderna y mucha felicidad.

Claire lo guio hasta el dormitorio, dejando que Shahbaz se diera cuenta por sí mismo de que no tenía sentido que les ofreciera café.

—Me gusta verte bailar en la cocina —confesó él.

Claire se sonrojó y cerró la puerta.

—No sabía que me habías visto.

—A veces te espío. No te lo he dicho porque no quiero que dejes de bailar —confesó Raif. —Entonces, ¿me crees con respecto a Nahla?

Claire arrugó la nariz.

—No estoy segura de por qué estás incómodo cuando ella está cerca...

—¿A quién le gusta que le recuerden sus miedos de la adolescencia? Lo superaré. Algún día me reiré de esa estupidez, pero no puedo reírme de nada que amenace con separarnos. Habría sido mejor no mencionar nada sobre ella.

—No. Agradezco tu sinceridad más de lo que crees. Ahora y antes —le dijo Claire, desatándole la corbata. —Lo cierto es que te amo con locura y que, aunque pensaras que seguías queriéndola a ella, yo seguiría amándote porque eres un hombre especial.

—¿Me amas? ¿A pesar de que he estropeado nuestro matrimonio por haberte confesado lo de Nahla? Hace semanas quería decirte que te amaba, pero sentía que no podía, por lo que te había dicho sobre ella, y que no me creerías

—Ahora te creo —comentó Claire, y le desabrochó los botones. —El amor se ve en muchas cosas que has hecho por mí. Si hubiera tenido más

autoestima, habría pensado que me amabas hace tiempo, pero no iba a decirte que yo te amaba cuando pensaba que querías a otra mujer.

—Pienso que Nahla ya está superada —Raif se quitó la camisa. — No puedo creer que te hayas enamorado de mí. ¿Cuándo empezaste a sentirlo?

—La primera noche —admitió Claire.

—Me gusta —dijo él, y le quitó el vestido. —Supongo que es cuando empecé yo también. No quería dejarte y quería pasar otra noche contigo. Te quiero mucho. No tenía ni idea de que era posible amar tanto a alguien.

Claire se quitó el resto de la ropa y se tumbó en la cama para observar cómo se desnudaba.

—Me excitaré viendo cómo te desnudas —confesó.

—Cuando quieras —repuso él.

Clair se rio y él se tumbó a su lado.

—Nunca dejaré de desearte —le dijo, y la besó. Se hizo un silencio que solo se interrumpió por algunos quejidos ocasionales. Hicieron el amor como si se hubieran echado mucho de menos. Ya no tenían secretos, dudas, ni inseguridades entre ellos.

—Duérmete —le dijo Raif al amanecer. —Te quiero mucho.

—Yo también —susurró ella, —pero no quiero animales de la selva en el cuarto del bebé. Solo elefantes, porque algunos animales dan miedo.

—¿Un pequeño tigre escondido entre el follaje de la selva del dibujo? —negoció Raif, estrechándola entre sus brazos y quedándose dormido.

Epílogo

Diez años más tarde

Claire acostó al último ocupante del cuarto de bebés. Zakar tenía seis meses y era un bebé dormilón de pelo negro. En la pared de la habitación todavía estaba el dibujo de un tigre escondido tras un árbol. Aunque Circe, y Ninja, un gato siamés, también tenían su sitio.

Claire sonrió al pensar en su hijo mayor, Rohaan, un niño que se había despertado muchas noches y que, a los nueve años, todavía necesitaba menos horas de sueño que otros niños. En el segundo embarazo había tenido gemelas, y Salima y Madiya, habían requerido tanta atención que tuvieron que contratar dos niñeras. Zakar sería el último hijo porque Claire consideraba que cuatro era un buen número, y más cuando tenían dos niños y dos niñas. Ella sabía que Raif adoraba los bebés y que trataría de convencerla para tener otro.

En los años que llevaban de matrimonio, Claire había ganado seguridad. Había aprendido a desempeñar su papel y ya no necesitaba un intérprete para hablar. Nahla se había enamorado locamente de uno de los amigos de Kashif, que pertenecía al cuerpo diplomático, y se había casado antes de irse a vivir a Londres. Claire la echaba de menos, pero Stella se había convertido en una buena amiga después de que Kashif regresara a Quristan. Ellos tenían tres hijos y las dos familias pasaban mucho tiempo juntas.

Su hermano Tom iba a visitarlos a menudo y ella siempre pasaba a verlo cuando iba a Londres. Sarah, su madrastra, había fallecido por un problema de corazón y, por eso, Tom y ella habían hecho un esfuerzo extra por pasar tiempo juntos.

Circe, había tenido descendencia con Ninja, el gato siamés que le había regalado Raif a Claire en su primer aniversario. Ellos se quedaron dos gatitos, Ra y Bastet, que estaban muy unidos a los niños.

Mientras Claire acostaba al hijo más pequeño, Raif entró con ella y acarició la cabeza de su hijo.

—¿Todo preparado? —preguntó.

—Me siento culpable por dejar a los niños —admitió Claire.

—Lo van a pasar fenomenal con Kashif y Stella. Nuestros hijos tienen muchas vacaciones. Este es nuestro aniversario especial. Diez años desde el primer día que nos conocimos.

Era cierto que a los niños les gustaba pasar tiempo fuera del palacio. Solían pasar días en Rabalissa, hacer viajes en yate e incluso visitar las Alpujarras.

Y esa noche, mientras caminaban desde la cala hasta la casa donde habían pasado la primera noche juntos, los dos tuvieron muchos recuerdos.

—Debería haberme desnudado en la cala —bromeó Claire.

—Solo en la oscuridad y con compañía —dijo Raif, —aunque no pienso dejarte salir pronto, aziz.

Claire se rio. A diferencia de otras mujeres, ella solía celebrar dos aniversarios cada año, el de su primer encuentro, y el de la boda. Le resultó muy extraño entrar en la casa donde había pasado meses con su difunta madre. Raif se la había comprado como regalo de Navidad y la había reformado, así que, estaba llena de comodidades.

Raif se apoyó contra la puerta del dormitorio y se quitó la chaqueta muy despacio.

—¿Sigues pensando que soy atractivo? —preguntó bromeando.

—Sí, y soy una mujer superficial que te adora solo por tu cuerpo —bromeó ella.

Él le sujetó el rostro y la besó de forma apasionada.

—Te quiero mucho, Claire. Te quiero más cada año que pasa.

—Yo también te quiero —susurró ella.

No volvieron a bajar a la cala hasta después de medianoche. Mohsin mantuvo al equipo de seguridad a distancia. Gracias a que Raif insistió en que debían hacerlo todo igual que la primera noche, Claire concibió a su quinto y último hijo, y finalmente, Raza, nació nueve meses más tarde.